

HONORIO MAURA

CUENTO DE HADAS

Comedia en tres actos y un prólogo.

CUENTO DE HADAS

HONORIO MAURA

CUENTO DE HADAS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

Estrenada en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, el día 30 de noviembre de 1928.

DIBUJOS DE ALMADA



LA FARSA

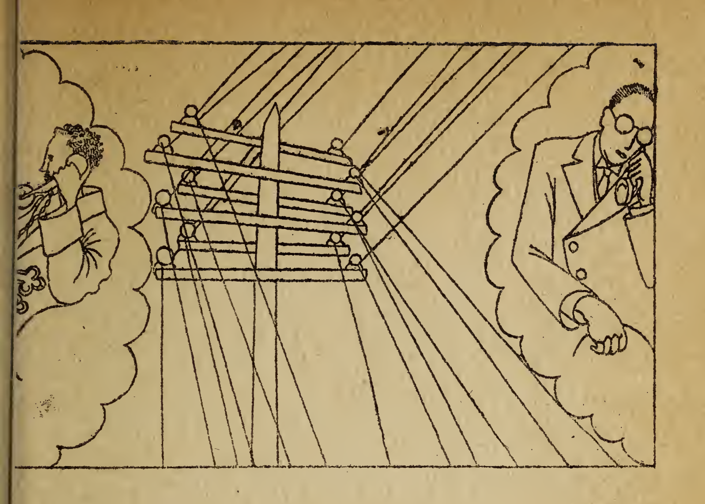
ÑO III | 12 DE ENERO DE 1929 | NÚM. 71

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DIANA	Eloísa Muro.
ADELAIDA, DUQUESA DE HINOJARES	María Bru.
NOEMI	Isabel Garcés.
LINA	Carmen Pradillo
ARTURO SALAZAR	Pedro F. Cuenca
RAMÓN, DUQUE DE HINOJARES	José Isbert.
LOYOLA	Antonio Suárez.
MARQUÉS DE MINARES	Juan Orduña.
JOAQUÍN	Pedro González.
CRIADO 1.°	Faustino Cornejo
Idem 2.°	Gonzalo Treceño
IDEM 3.°	Gabriel Mayora

PRÓLOGO



PRÓLOGO

Al levantarse el telón aparece la escena a oscuras. Luego, a ambos extremos de la escena, se iluminarán simultáneamente dos rincones de dos cuartos que figuran estar lejos el uno del otro, pero unidos por un hilo telefónico. En uno de esos cuartos, un señor de unos cuarenta años, gafas de concha, buena facha, aspecto inteligente y enérgico, sentado ante una mesa, hace números en un carnet. A su lado hay un teléfono. En el otro rincón, un joven de unos veinticinco años, vestido con un batín de seda, duerme la siesta en un sofá. Al lado del sofá, sobre una mesita, hay un teléfono.

El señor de los cuarenta años se llama ARTURO SALAZAR. Es millonario y soltero. El joven del batín se llama LUIS FARFAN, MARQUÉS DE MINARES. Es aristócrata, y no tiene dos pesetas.

SALAZAR, después de hacer unos números, guarda su carnet. Sonríe. Piensa. Como obedeciendo a una resolución tomada, coge su teléfono y marca un número. Espera. Suena el timbre en el teléfono del MARQUÉS DE MINARES. Se despierta. Descuelga el aparato, malhumorado, y empieza el siguiente diálogo:

SALAZAR.—¿Hablo con la casa del Marqués de Minares?

MINARES.—Sí, señor, ¿qué desea?

SALAZAR.—¿Está el señor Marqués?

MINARES.—¿De parte de quién?

SALAZAR.—De Arturo Salazar.

MINARES.—*(Obsequioso.)* ¡Ah! ¿Es usted, Salazar? Estoy al aparato. ¿Qué deseaba usted?

SALAZAR.—¿Ha recibido usted mi carta?

MINARES.—La he recibido; a las cuatro en punto pensal ir a verle.

SALAZAR.—No hace falta, por eso le he telefoneado. I estado dando vueltas a la conversación que tuvimos el otro d

MINARES.—¿Y...?

SALAZAR.—Me ha convencido usted. Tiene usted razó En mi caso, la única puerta para entrar en el gran mundo la del matrimonio.

MINARES.—Exactamente.

SALAZAR.—Estoy decidido. Me caso.

MINARES.—Mi enhorabuena, Salazar. ¿Con quién?

SALAZAR.—¡Ah, no sé! Precisamente para eso le llamo.

MINARES.—Comprendido.

SALAZAR.—Por supuesto, familia antigua y nobleza auté tica.

MINARES.—Desde luego.

SALAZAR.—Y, naturalmente, grandeza de España.

MINARES.—¿Soltera o viuda?

SALAZAR.—¿Por qué viuda?

MINARES.—No sé. Quizá sería más fácil. Más barato.

SALAZAR.—Entonces no. Soltera, lo más caro, lo mejor q haya, grandeza rancia, de un siglo por lo menos. No repare u ted en gastos.

MINARES.—Está bien; está bien. ¿Tiene que ser gua además?

SALAZAR.—Si fuera posible... Pero no olvide usted que esencial es la cuna.

MINARES.—Comprendido. Se cuidará la cuna sin dejar d dar un vistazo a la alcoba. *(Cambiando el tono.)* Supongo, S lazar, que a usted no se le ocultará que una gestión de es índole...

SALAZAR.—*(Interrumpiéndole.)* A mí, amigo Minares, no me oculta nada. Hoy he cumplido los cuarenta años, y desc hace una semana tengo cincuenta millones. Hace veinticinc años ganaba treinta duros al mes. Comprenderá usted que I aprendido a vivir. Dentro de media hora recibirá un chequ de veinticinco mil pesetas, para los primeros gastos.

MINARES.—*(Emocionado.)* Salazar, es usted un caballero.

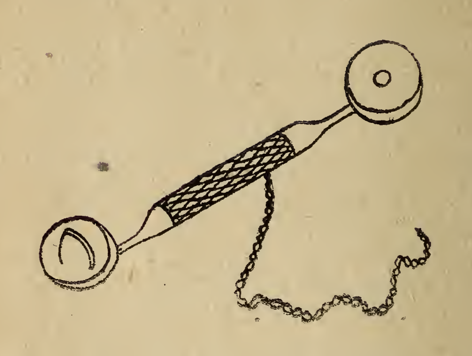
SALAZAR.—No, Minares. Eso no es verdad. Yo no soy u caballero. Ni usted tampoco; pero lo seré dentro de unos mes gracias a mi mujer, y usted, si sigue por ese camino, tambié porque es usted muy listo y con talento se llega a todas parte hasta a la honradez. Supongo que no nos pelearemos por l cifra de sus honorarios.

MINARES.—De eso estoy seguro.

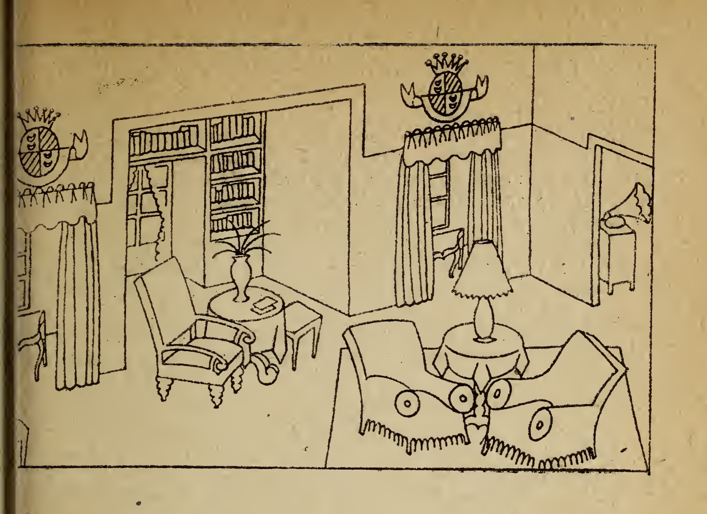
SALAZAR.—¿Ha pensado usted en alguna cantidad?

MINARES.—¿Y usted?
SALAZAR.—Desde luego. ¿Qué le parecería a usted un nú-
o precediendo a cinco ceros?
MINARES.—En principio, muy bien... ¿Por ejemplo?
SALAZAR.—Pongamos un dos.
MINARES.—Detesto los pares. Pongamos un tres.
SALAZAR.—Puesto. Trescientas mil. ¿De acuerdo?
MINARES.—¿Y cómo le va, que dicen los argentinos?
SALAZAR.—Eso sí; usted me garantiza que no tropezaré dificultades de ninguna clase en mi trato.
MINARES.—Evidente.
SALAZAR.—Usted se encarga de limar asperezas. Las pala-
s desagradables será usted quien las diga y quien las escu-
Tengo que encontrarme el camino perfectamente allanado.
MINARES.—Así se hará.
SALAZAR.—Usted sabe lo que quiero. Yo compro una po-
ón social. Más aún, un puesto entre la nobleza. Lo com-
y lo pago bien. Por eso no he de consentir que luego se regatee nada.
MINARES.—Es lo justo. ¿Plazo?
SALAZAR.—Corto. Tengo verdadera urgencia de blasones.
MINARES.—¿Un mes?
SALAZAR.—¿Qué dice usted? Escasamente una semana.
MINARES.—¿Prorrogable?
SALAZAR.—Improrrogable.
MINARES.—Otra pregunta. Si fuera necesario entornar un
o los ojos al mirar el pasado de ella...
SALAZAR.—Ya sabe usted, Minares, que yo uso gafas ahu-
las.
MINARES.—Perfectamente. Antes de una semana estará
d servido. Otra pregunta. ¿Y si en una misma familia
iera varias hermanas...?
SALAZAR.—La que lleve el mejor título.
MINARES.—¿Y si los títulos son igualmente buenos?
SALAZAR.—En ese caso, amigo Minares, preparará usted
erreno para que sea yo el que elija. ¿No es eso?
MINARES.—Entendido. Manos a la obra. Entonces hasta
pronto, Salazar.
SALAZAR.—Hasta cuando usted me avise, Minares. *(Cuel- los teléfonos, se apagan las luces y cae el telón.)*

FIN DEL PRÓLOGO



PRIMER ACTO



PRIMER ACTO

despacho de un señor que vive con lujo. Se ve que es casa grande.)liotecas, libros, lámparas, tapices y reposteros. Puertas al foro, derecha e izquierda.

levantarse el telón, el DUQUE DE HINOJARES dicta a una mecanógrafa joven y bonita.

Duque es un hombre de sesenta años, fino, atildado, elegantemente vestido. La mecanógrafa va vestida con sencillez.

El Duque se llama RAMÓN, y la mecanógrafa, LINA.

RAMÓN.—*(Paseando por el despacho, con las manos atrás :on el aspecto de quien caza las ideas como se cazan moscas.)* llegamos a un punto que la historia no ha aclarado aún. *e para.)*

LINA.—*(Acabando de escribir.)* No ha aclarado aún.

RAMÓN.—Y tal vez sin mí, no hubiera aclarado nunca.

LINA.—*(Idem.)* Nunca.

RAMÓN.—*(Mirando a la mecanógrafa, como si se lo pre- ntara a ella.)* ¿Es cierto que la Reina Católica no mudó su nisa en los días que duró el asedio de Granada?... ¿Es cierto?

LINA.—*(Que cree en una pregunta.)* Yo, señor Duque, no oy muy fuerte en historia, pero siempre lo he oído decir.

RAMÓN.—No, hijita, esta pregunta no te la hago a tí, es

a mis compañeros de Academia. Escribe: ¿Es cierto que Reina Católica no mudó la camisa en los meses que duró asedio de Granada?...

LINA.—Granada.

RAMÓN.—¿Es cierto, señores académicos? En vuest caras leo la ansiedad, esperando mi respuesta, y yo os dig *(En este momento llaman a la puerta. El Duque lo oye, se vu ve y dice.)* ¡Adelante! *(Entra un criado de casa grande. f de cordones.)*

CRIADO.—Señor Duque, la señora Duquesa manda p guntar si va a salir el señor Duque, porque la señora Duq sa necesita hablar con el señor Duque antes de que el señ Duque salga.

RAMÓN.—Dile a señora Duquesa que no pienso salir, p que le agradeceré que me deje trabajar el mayor tiempo sible.

CRIADO.—Bien, señor Duque. *(Sale el criado.)*

RAMÓN.—¿En qué estábamos?...

LINA.—Y yo os digo...

RAMÓN.—¡Ah, sí! Y yo os digo, con la autoridad que dan mis cuarenta y cinco años...

LINA.—*(Sonriendo.)* El señor Duque me permitirá que diga que aun para un discurso académico, el señor Duc exagera.

RAMÓN.—¿Tú crees? Espera. Mis cuarenta y cinco ai de investigaciones histórico profundas...

LINA.—He perdido una ocasión brillante de callarme.

RAMÓN.—Tú lo has dicho. *(Dictando otra vez.)* Mis c renta y cinco años de investigaciones históricas profund que la leyenda de la camisa de la Reina Católica es una tantas patrañas que circulan por los libros de texto, enve nando los cerebros vírgenes y mártires de los niños y lev tando calumnias a personas tan respetables como la exi Reina que ahora nos ocupa.

LINA.—Nos ocupa.

RAMÓN.—Y poseído de santa indignación, amante ha el fin de la verdad, caiga quien caiga, yo vengo hoy a deci no con pruebas palpables, que en casos como este son ha difíciles...

LINA.—Difíciles.

RAMÓN.—Pero sí por lo menos con testimonios de g valer, vengo a deciros, repito, con toda la energía de que capaz: ¡Isabel la Católica fué limpia!

LINA.—Limpia.

RAMÓN.—Entre paréntesis, aplausos y murmullos de ap bación.

LINA.—*(Mirándole, algo extrañada.)* ¿Lo pongo?

RAMÓN.—Sí, hija, sí. Estos discursos se imprimen antes pronunciarse, pero como luego se reparten, conviène que an ya con acotaciones. Es la costumbre. *(Llaman a la rta.)* Adelante.

CRIADO.—De parte de la señora Duquesa que el señor que puede trabajar tranquilo, pero que en cuanto termine eñor Duque de trabajar, avise a la señora Duquesa, para la señora Duquesa venga a hablar con el señor Duque. *usa.)* Y que si el señor Duque tarda más de veinte minuen avisar a la señora Duquesa, la señora Duquesa se prerá automáticamente.

RAMÓN.—¿Estás seguro de que ha dicho automáticamente?

CRIADO.—*(Sonriente, pero estilado.)* Ya comprenderá el r Duque que si la señora Duquesa no lo hubiera dicho, ne habría permitido yo emplear esa palabra.

RAMÓN.—Está bien. Puedes retirarte. *(Sale el criado.)* mos. Isabel la Católica era limpia. Sentada esta afirma en cuatro palabras...

LINA.—Son cinco, señor Duque.

RAMÓN.—Tienes razón. Sentada esta afirmación en cinpalabras, pasemos a sacar las consecuencias históricas que lla fluyen. *(Se para.)* ¿He dicho fluyen?

LINA.—Creo recordar que, en efecto, el señor Duque ha o fluyen.

RAMÓN.—No me gusta la palabra.

LINA.—En confianza, ni a mí.

RAMÓN.—¿Verdad? Vamos a cambiarla. *(Dictando otra* Las consecuencias históricas que de ella... *(Haciendo, uscar la palabra, el ruido de un moscón.)* manan.

LINA.—*(Aprobativa.)* Manan.

RAMÓN.—Mejor. ¿Verdad? Más natural, ¿no?

LINA.—Desde luego, señor Duque.

(Se abre la puerta en tromba y aparece DIANA, *la hija ma- del Duque. Mona, elegante, ultramoderna. Veinticinco años.)*

DIANA.—¿Papá?

RAMÓN.—¿Hija?

DIANA.—¿Trabajando?

RAMÓN.—Como puedes ver.

DIANA.—¿Urgente?

RAMÓN.—Sí y no.

DIANA.—Puntualiza, padre.

RAMÓN.—Mi discurso de ingreso en la Academia de la oria. Uno de los caprichos pasivos de tu madre.

DIANA.—Entonces no hay urgencia. Tengo que hablarte.

RAMÓN.—¿Seriamente?

DIANA.—Así, así.

LINA.—Si les estorbo...

DIANA.—Mejor es que se retire.
RAMÓN.—¿Es muy largo?
DIANA.—De ti depende.
RAMÓN.—*(A Lina.)* Pasa al lado y espera. *(Sale L A su hija.)* Tú dirás.
DIANA.—*(Sin decir una palabra, hace con la mano el to de contar dinero.)*
RAMÓN.—¿Dinero?
DIANA.—Dinero.
RAMÓN.—¿Mucho?
DIANA.—Como para que no se entere mamá.
RAMÓN.—¿Y eso?
DIANA.—Deudas.
RAMÓN.—¿De juego?
DIANA.—De juego.
RAMÓN.—¿En casa de la Naranjillo?
DIANA.—No se te puede ocultar nada. ¿Cómo lo has vinado?
RAMÓN.—No sales de allí...
DIANA.—Pues sí. Una noche de malas, papá. La no ¿Tú sabes jugar al *poker?*
RAMÓN.—Estoy aprendiéndolo. Tu madre se ha ei ñado.
DIANA.—Pues figúrate que ligo un *ful* de reyes y as la Naranjillo tenía *poker* de nueve.
RAMÓN.—No me digas.
DIANA.—Y un poco después, tengo yo *poker* de dam Joaquín Peña García me liga una *escalera* de color. Con jugada así, ¿tú no hubieras visto el resto?
RAMÓN.—Probablemente hubiera consultado antes co madre.
DIANA.—Total: tres mil quinientas pesetas.
RAMÓN.—¿Tanto?
DIANA.—Y eso porque, al fin, tuve la suerte de lleva dos *pots*. Si no, hubiera sido el doble.
RAMÓN.—Menos mal.
DIANA.—Bueno, papá. ¿Sí o no?
RAMÓN.—¿Sí o no, qué?
DIANA.—¿Me das el dinero?
RAMÓN.—Yo no lo tengo.
DIANA.—Ya lo sé. Pero se lo pides a don Luis.
RAMÓN.—¿Pero tú crees que don Luis lo acuña?
DIANA.—No. Pero cobra el de tus rentas.
RAMÓN.—Desgraciadamente, también las rentas tiene límite. Hace quince días te he dado dos mil pesetas.
DIANA.—¿Entonces, qué? ¿No? *(Hace ademán de salir.)*

MÓN.—Veré. Consultaré con don Luis.
ANA.—No. Yo no puedo depender de esa consulta. Ne- saber ahora mismo si cuento con ellas o no.
MÓN.—¿A quién se las debes?
ANA.—A Joaquín, que es al único a quien no puedo selas.
MÓN.—¿Por?
ANA.—Porque flirtea conmigo.
MÓN.—Eso es más grave. Se las pediré a don Luis. conste, Diana, que son las últimas.
ANA.—¡Ojalá!
MÓN.—Hablo en serio. Esto no puede continuar.
ANA.—No, por Dios, papá. Sermones, no. Para eso pre- debérselas a mi flirt. El dinero, por las buenas, genero- te, a lo gran señor, como te corresponde. Lo otro es de horteras. ¡Regaños! ¡Previsión! ¡Puah! Nosotros so- nosotros. *(Señalando a los reposteros.)* El pasado nos npla.
MÓN.—Si seguimos así, sospecho que el espectáculo ser poco divertido para el pasado.
ANA.—No exageres, papá, que no es para tanto. Y ha- de otra cosa, veo que te ha convencido madre. ¿Por tras en la Academia?
MÓN.—Sí, hija, sí. Desde que me eligieron, gracias a trigas, hace ocho años, no me ha dejado vivir y me he do; estoy preparando mi discurso de ingreso.
ANA.—¿Qué tema?
MÓN.—Uno muy interesante.
ANA.—¿Para quién?
MÓN.—Para todo el mundo. ¿Era limpia Isabel la Ca- ?
ANA.—*(En babia.)* ¿No me digas?
MÓN.—Como lo oyes.
ANA.—¿Y qué? ¿En el fondo, era limpia?
MÓN.—Aquí entre nosotros, te diré que sospecho que ro como eso lo dicen todos los historiadores, yo sosten- contrario.
ANA.—Pues eso puede ser la gloria, papá.
MÓN.—*(Modesto.)* Tal vez. De menos han salido otros.
ANA.—Me lo tienes que leer antes de imprimirlo.
MÓN.—Encantado. ¿De veras te interesa mucho?
ANA.—Mucho, mucho, no. Pero como eres tan soi... a ti te interesaba...
MÓN.—Estate tranquila. A mí me importa lo que a ti. lo leeré. No sufras, como dices tú.
ANA.—Cuando yo digo que padres como tú no hay dos...
MÓN.—Ni falta que hace.

DIANA.—Hasta luego, padre. En cuanto conferencie: don Luis, me llamas. Si se niega, insiste, y si hace falt: dena. En mi cuarto espero, y por supuesto *(Poniendo el sobre los labios)*, chitón. ¿Me puedo fiar, padre?

RAMÓN.—Puedes. ¿Pero cuidado, eh?

DIANA.—¡Papá! La alcurnia *(Señala otra vez los re; ros)*; vaya, hasta luego. *(Sale Diana.)*

(El Duque abre la puerta por donde salió la mecanógi

RAMÓN.—Ya puedes pasar. *(Entra otra vez* LINA *y se ta en la mesa donde estaba escribiendo.)* ¿En qué estába

LINA.—*(Leyendo.)* Isabel la Católica fué limpia. Se: esta afirmación en cinco palabras, vamos a estudiar las secuencias históricas que de ella manan.

RAMÓN.—Perfectamente... bueno. Pues, por hoy, t Vamos a no enredar más en la ropa interior de la Rein: tólica. Pon estos papeles en orden y luego, cuando qu puedes marcharte.

LINA.—Bien, señor Duque.

(Sale por la derecha Ramón. A los pocos momentos ap por la izquierda LOYOLA, *el vástago de la estirpe, el futurc que de Hinojares, actual Marqués de Entrerríos; tiene vein años. Va vestido admirablemente, con traje de «sport», pai bombacho, unas medias muy inglesas, zapatos de «golf». en la mano el palo corto de «golf», que se usa en los «gree una bola. Entreabre la puerta con precaución.)*

LOYOLA.—*(Averiguador.)* ¿El patrón?

LINA.—No está, señor Marqués, pero debe volver e guida.

LOYOLA.—¿Seguro?

LINA.—Más que probable.

LOYOLA.—¿Están ustedes trabajando?

LINA.—Ya hemos acabado; señor Marqués.

LOYOLA.—Apea el tratamiento, Lina.

LINA.—¡Por Dios, señorito Loyola!

LOYOLA.—Quita lo de señorito.

LINA.—No me atrevo.

LOYOLA.—*(Mirándola, sonriente.)* Tonta... a ver, di yola.

LINA.—No puedo.

LOYOLA.—Mujer, piensa que estás en Azcoitia.

LINA.—Ni aun así.

LOYOLA.—Entonces, vamos a dejarlo. ¿Qué tal h tiene hoy el Duque?

LINA.—Bueno, como siempre. Yo nunca he visto a ñor Duque de mal humor.

LOYOLA.—*(Que ha puesto su bola en el suelo y jueg ella.)* ¿No le has pedido nunca dinero?

LINA.—*(Extrañada.)* ¿Yo?

LOYOLA.—¡Ah! Por eso...

LINA.—*(Que ha acabado de recoger los papeles y se marcha.)* ›esea algo más el señor Marqués?

LOYOLA.—*(Mirándola sonriente, pero sin dejar su juego.)* ıda... ya lo creo. Pero no te lo digo.

LINA.—*(Muy seria.)* Hablo en serio, señor Marqués.

LOYOLA.—*(Jovial.)* ¡Ah, no, en serio, nada!

LINA.—Pues entonces hasta mañana.

LOYOLA.—Hasta mañana y que seas buena. *(Sale Lina. yola sigue ensayándose con su bola y su palo. Segundos desés entra* RAMÓN.)

RAMÓN.—¿Qué haces aquí?

LOYOLA.—Esperarte.

RAMÓN.—Haz el favor de guardar esa bola que ya sabes e me pone nervioso. Esto no es Puerta de Hierro.

LOYOLA.—*(Guardando la bola en el bolsillo.)* Como se ında.

RAMÓN.—¿Qué ocurre?

LOYOLA.—¿Dónde?

RAMÓN.—No te hagas el tonto. Tú aquí, a estas horas, ›erándome... por algo será.

LOYOLA.—Veo que progresas, duque, y me alegro, porque me ahorras el prólogo.

RAMÓN.—¿De qué se trata?

LOYOLA.—¿De qué va a ser?

RAMÓN.—¿Dinero... no?

LOYOLA.—¡Helás! que dicen los franceses.

RAMÓN.—Pues si es por eso, coge tu bola y tus palos y gate al *golf*, porque hoy no hay de qué.

LOYOLA.—¿No será esa tu última palabra?

RAMÓN.—La definitiva.

LOYOLA.—Cuando te enteres de lo que pasa...

RAMÓN.—No quiero enterarme de nada.

LOYOLA.—No basta no querer. Tienes que escucharme.

RAMÓN.—Bueno, pues te escucho. Tú dirás.

LOYOLA.—Este verano conocí en San Juan de Luz una rteamericana.

RAMÓN.—¿Una sola?

LOYOLA.—Varias, pero traté con más intimidad a esta de ien hablo ahora.

RAMÓN.—¿Mistress Evans?

LOYOLA.—La misma. ¿Lo sabías?

RAMÓN.—Algo había oído. ¿Viuda?

LOYOLA.—Mejor. Divorciada.

RAMÓN.—¡Ah! ¿Y qué?

LOYOLA.—Nada, cosas que pasan. La gusté.

Ramón.—Perdona. Hablando de una señora, se dice n gustamos o me gustó.

Loyola.—¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué?

Ramón.—¡Ah! Si no comprendes *el por qué*, nad Sigue.

Loyola.—Bueno, pues nos gustamos, como tú dices. M yo a ella que ella a mí.

Ramón.—*(Con ironía.)* Veo que has aprovechado la le ción.

Loyola.—Y luego nos veíamos todos los días... ¿Tú me comprendes, no?

Ramón.—Te comprendo.

Loyola.—Encantadora, padre. Una mujer de mund Sabe vivir. Qué diferencia con...

Ramón.—*(En tono de reproche.)* Comparaciones, no, L yola.

Loyola.—Como ella tiene mucho dinero, hacíamos vi cara.

Ramón.—¿Y tú te dejabas convidar?

Loyola.—Al principio, sí. Te advierto que ahora es corriente. No está mal visto que paguen las señoras. Al r vés, eso da cartel a los convidados.

Ramón.—¿Cartel de qué?

Loyola.—No sé... de buen tono.

Ramón.—En mis tiempos, era de otra cosa.

Loyola.—La prueba de que tampoco a mí me parec bien del todo, es que un día le dije a Evelyn...

Ramón.—¿Evelyn?

Loyola.—Ella.

Ramón.—¡Ah!

Loyola.—«Oye, esto no puede continuar. Tú pagas p mí en todas partes, la gente lo nota, hay que tomar una d terminación».

Ramón.—Eso está bien. ¿Y ella qué dijo?

Loyola.—«Tienes razón. Perdona. En lo sucesivo te d jaré pagar a ti». Y me dió diez mil francos.

Ramón.—¿Y tú los aceptaste?

Loyola.—La sola duda me ofende.

Ramón.—¿Es posible?

Loyola.—Te advierto, papá, que eso ahora se lleva m cho. Claro es que yo pensaba devolvérselos.

Ramón.—¿Cuándo, y con qué?

Loyola.—Cuando pudiera. Un día que te pescara de bu nas... una noche que ganara al *baccará*...

Ramón.—¿Y no llegó ni lo uno ni lo otro?

Loyola.—Lo de pescarte de buenas, desde luego no.

Ramón.—¿Y lo del *baccará?*

LOYOLA.—Lo del *baccará* llegó, pero fué en contra. Perdí ros cinco mil francos.
RAMÓN.—¿Que te dió ella también?
LOYOLA.—Naturalmente.
RAMÓN.—¿Y ahora, qué?
LOYOLA.—Ahora nada. Que esto era en septiembre y esnos en noviembre y todavía le debo quince mil francos.
RAMÓN.—¿Dónde está esa señora?
LOYOLA.—En el *sud express*. Llega mañana de París.
RAMÓN.—¿Viene a Madrid?
LOYOLA.—A Madrid.
RAMÓN.—¿Sólo para verte?
LOYOLA.—No se te puede ocultar nada. Por eso, ¿sabes?, ando llegue, quiero tener siquiera el gesto de devolverle...
RAMÓN.—¿Cómo el gesto?
LOYOLA.—Sí, porque sé muy bien que ella no los va a eptar.
RAMÓN.—Pues tú tienes que exigir que los acepte, y sungo...
LOYOLA.—Un segundo, padre... nada de sermones. No te ndas, pero ya comprenderás que las cosas han cambiado ıcho desde tus tiempos, y no me vas a enseñar tú a mí cómo y que vivir ahora. Yo no necesito consejos. Lo que necesies que me prestes, ¿entiendes? Que me prestes por unos ıs cinco mil pesetas, que de lo demás me encargo yo.
RAMÓN.—¿A qué llamas tú lo demás?
LOYOLA.—A mi deuda con esa señora... Dentro de dos o s días, de una semana a lo sumo, te devolveré ese dinero.
RAMÓN.—¿Tú?
LOYOLA.—Yo.
RAMÓN.—¿Y de dónde lo vas a sacar?
LOYOLA.—Eso es cosa mía.
RAMÓN.—Si vas a volvérselas a pedir a ella, no vale la na...
LOYOLA.—Padre, hazme caso. No profundices. Hay cosas e tú no puedes comprender... Qué, papá. ¿Sí o no?
RAMÓN.—*(Pensativo.)* Qué.
LOYOLA.—El dinero.
RAMÓN.— ¿Y si no te lo diera?
LOYOLA.—*(Que ha vuelto a sacar su bola y juega con el lo con ella.)* Harías mal, pero no vayas a creer que por eso iba a hundir el mundo.
RAMÓN.—Pues entonces...
LOYOLA.—Te advierto que yo he dado este paso sobre lo por ti, en obsequio a tu modo de pensar, que conozco y speto, aunque está pasado de moda... ¡Ahora, tú dirás! *(Sicio. Loyola sigue jugando con su bolita y su palo. Ramón*

le mira con una mezcla de incomprensión y de desprecio. D
pués, como tomando una resolución, dice:)

RAMÓN.—¿Para cuándo te hace falta ese dinero?

LOYOLA.—Ya has oído. Esta noche o mañana tempran

RAMÓN.—Si puede ser, lo tendrás.

LOYOLA.—*(Guardando su bola, como quien ha termina una faena larga, acercándose a su padre y poniéndole la ma sobre el hombro, protector.)* Bien, duque, bien. Así se ha *(Más cariñoso.)* Y no te preocupes... Ya sé lo que piens «Pero es posible que un hijo mío...» ¿Qué quieres? ¡Cambi tanto los tiempos! ¡Uy! ¡Y lo que tienen que cambiar! U cosa te digo, padre, y no es por alabarme, pero soy de lo m jorcito que circula por ahí. Si vieras... *(Va a decir un nomb pero se para.)* Pero mejor es no puntualizar... Hasta lueg jefe, si me necesitas me llamas. En mi cuarto estoy. Voy echarme un rato, que anoche no he dormido nada y hoy pasado la mañana jugando al *golf* y por la noche tenem baile en Inglaterra, y mañana... *(Malicioso)* mañana, tú me entiendes. *(Sale, después de dar una palmada cariñosa su padre. Este le ve marchar y queda en pie, pensativo.)*

RAMÓN.—Tú ya me entiendes. *(Sacude la cabeza y piens Por la puerta de la izquierda entra* ADELAIDA, *la Duques oronda, lucida, aspecto de señora que sabe mandar.)*

ADELAIDA.—¿Trabajas, Ramoncito?

RAMÓN.—Trabajaba.

ADELAIDA.—¿Has acabado ya?

RAMÓN.—Por hoy sí.

ADELAIDA.—¿Por supuesto en tu discurso de ingreso?

RAMÓN.—Por supuesto.

ADELAIDA.—A propósito, he estado dándole vueltas título y me parece un poco arriesgado.

RAMÓN.—¿Por qué?

ADELAIDA.—«¿Isabel la Católica, fué limpia?» ¿No te p rece que dicho así, en interrogación, puede acarrearnos cie ta frialdad con la Plaza de Oriente?

RAMÓN.—¡Qué tontería!

ADELAIDA.—Pueden molestarse y con razón.

RAMÓN.—Te advierto que yo sostengo que fué limpia.

ADELAIDA.—Por eso lo que debes hacer es suprimir interrogante y convertir el título en una afirmación: «Isab la Católica fué limpia». Es más discreto.

RAMÓN.—Si tú lo prefieres...

ADELAIDA.—Con mucho.

RAMÓN.—Pues hecho. ¿Era de esto de lo que querías h blarme?

ADELAIDA.—No. De algo más inmediato, más urgen

RAMÓN.—¿Cómo? ¿Qué?

DELAIDA.—Prosa, Ramoncito, prosa.

AMÓN.—Desde luego. Cuando me anunció el criado que as hablarme, ya suponía yo que no era para recitarme bén Darío. ¿Y qué es ello?

DELAIDA.—Lo de siempre. Habrás notado que he sudo un criado, dos doncellas y una pincha.

AMÓN.—No lo he notado, pero si tú me lo dices, basta.

DELAIDA.—He procurado poner un poco de orden en los s de la casa, pues hace media hora el ama de llaves ha o a decirme que necesita dinero.

AMÓN.—¿Estamos hoy...?

DELAIDA.—A veinte.

AMÓN.—¿En veinte días se han gastado doce mil pe-?

DELAIDA.—Si quieres ver las cuentas, le diré a Martina...

AMÓN.—No hace falta. ¿Pero tú te has enterado bien lónde vamos?

DELAIDA.—Aproximadamente.

AMÓN.—*(En tono más serio.)* Adelaida, esto es el prindel fin.

DELAIDA.—¿Y es mía la culpa?

AMÓN.—Tuya solamente, no.

DELAIDA.—Además, sea de quien fuere, ahora no se traeso. Ahora lo que hace falta es ponerse frente a la realisin miedo, como nos corresponde a nosotros, y la verdad, ón, es que la casa de Hinojares se nos hunde.

AMÓN.—Si Dios no lo remedia.

DELAIDA.—Yo lo que quiero saber de ti es el tiempo que para que demos la campanada definitva.

AMÓN.—No te lo puedo decir exactamente, pero desego, poco.

DELAIDA.—¿Meses?

AMÓN.—Espero.

DELAIDA.—¿Cuántos?

AMÓN.—Anteayer me dijo don Luis...

DELAIDA.—Por cierto. ¿No ha venido aún?

AMÓN.—No. Fuí hace un momento a su despacho y no a.

DELAIDA.—Pues son más de las cinco.

AMÓN.—No puede tardar. Don Luis me dijo anteayer una vez vendido Campocerrado...

DELAIDA.—¿Ya hemos vendido Campocerrado?

AMÓN.—Hace quince días.

DELAIDA.—¿En...?

AMÓN.—Un millón trescientas.

DELAIDA.—Entonces...

AMÓN.—Perdona. Sólo los intereses atrasados y la hi-

poteca que había sobre la finca, importaban seiscienta
pesetas. Además había otros atrasos. En este moment
casamente quedará líquido medio millón. Pero hay qu
gar dos plazos vencidos de la hipoteca sobre esta ca
quieres más detalles, ahora cuando venga don Luis...

ADELAIDA.—¡Para qué! Ya veo que nos queda r
tiempo aún del que yo imaginaba. Es necesario tomar
diatamente una resolución.

RAMÓN.—¿Cómo? ¿Cuál?

ADELAIDA.—La que sea, pero alguna. Por nuestros
y para nuestros hijos.

RAMÓN.—De acuerdo, pero creo que antes debemos
rarles a ellos.

ADELAIDA.—¿A los tres?

RAMÓN.—¿Por qué no? Diana y Loyola son mayor
edad, y Noemi...

ADELAIDA.—¡Noemi es tan chiquilla!

RAMÓN.—Hoy ya no hay chiquillas. A los diez y
años, Noemi es una mujer.

ADELAIDA.—Como quieras. Te aseguro que porqu
hubiera llegado este momento daría yo lo que fuera
sario.

RAMÓN.—¿Tienes miedo a tus hijos?

ADELAIDA.—¿Tú, no?

RAMÓN.—Si tenemos alguna culpa en lo que está p
do, nuestra culpa son ellos. Porque a ellos no les fa
nada...

ADELAIDA.—¿Lo comprenderán así?

RAMÓN.—Y si no, ¡qué le vamos a hacer! De todos m
creo que debemos celebrar inmediatamente un conse
familia.

ADELAIDA.—Al que debe asistir don Luis.

RAMÓN.—Por supuesto...

ADELAIDA.—Voy a avisarle. *(Llama. Entra el* CRIAD
una carta en una bandeja.) ¿Ha venido don Luis?

CRIADO.—No, señora Duquesa, pero hace un mor
han traído esta carta de su casa para la señora Duques

ADELAIDA.—*(Tomando la carta.)* Bien. Haga usted
vor de decir al señor Marqués, a la señora Condesa y a
ñora Vizcondesa, que vengan, que les estamos esper
¿Están los tres en casa?

CRIADO.—Sí, señora Duquesa. Están los tres en el d
cho de don Luis.

ADELAIDA.—Pues que vengan en seguida.

CRIADO.—Está bien, señora Duquesa. *(Sale el cri*

ADELAIDA.—*(Abriendo la carta.)* Don Luis debe
enfermo. *(Empieza a leer. Desde las primeras palabras se*

prende que la carta trae noticias graves. Ramón sigue en la cara de su mujer la lectura, con inquietud.)

RAMÓN.—¿Qué pasa?

ADELAIDA.—Algo horrible. Escucha. *(Leyendo.)* «Señora: Soy un miserable que ha abusado de la confianza que los señores Duques tenían en mí y del desbarajuste que hay en toda casa grande que empieza a desmoronarse».

RAMÓN.—¡Qué amable!

ADELAIDA.—«La ambición me ha cegado. Esta ambición tan española de hacernos ricos por procedimientos rápidos, ya sea lotería, jugada de bolsa o suscripción pública, me ha empujado al delito. He robado y además, torpe de mí, he perdido el dinero que robé. Me voy a América con nombre supuesto. Allí procuraré redimir con el trabajo la mancha que echo sobre el nombre de mis hijos. Por ellos les pido clemencia. Perdón, señora Duquesa. Perdón, señor Duque. Su indigno servidor, Luis Jarama».

RAMÓN.—¿Y no dice más?

ADELAIDA.—Espera. «P. D.—En el cajón de la izquierda de mi mesa quedan las llaves de la casa y algún dinero. No llega a ocho mil pesetas. El saldo a su favor en el Banco no alcanza a treinta y cinco mil pesetas. Lo demás... perdón otra vez. Vale». ¿Tú has oído?

RAMÓN.—Estoy anonadado. Un hombre que parecía tan decente. ¿Tú hubieras creído esto de él?

ADELAIDA.—Yo, no, francamente. Pero ahora qué se hace? ¿Se le persigue?

RAMÓN.—Para qué, para que nos pase lo que a Velandes, que su administrador le roba, él le lleva a los tribunales y por unas cosas o por otras, todavía tiene que pagarle una indemnización.

ADELAIDA.—¿Y nos vamos a resignar?

RAMÓN.—*(Que oye pasos fuera.)* Calla, los hijos.

(Entran LOYOLA, DIANA *y* NOEMI. *Loyola viene, naturalmente, con su bola y su palito; Diana, como antes. Noemi es una chiquilla encantadora de diez y siete años y modernísima.)*

NOEMI.—¿Qué ocurre, próceres? ¿Se nos requiere a todos?

ADELAIDA.—A todos.

NOEMI.—¿Bronca colectiva?

RAMÓN.—No. Consejo de familia.

DIANA.—¿Con qué motivo?

ADELAIDA.—Ahora se os explicará. Sentaos.

LOYOLA.—Yo, si no os molesto, prefiero quedarme de pie. *(Deja la bola en el suelo y empieza a ensayarse.)*

RAMÓN.—*(Excitado.)* Tú guarda esa bola y dame ese palo. *(Se lo quita.)* Que no está la tarde para chirigotas.

LOYOLA.—*(Mirando a sus hermanas.)* ¡Ah! ¿Ocurren cosas graves?
RAMÓN.—Mucho más de lo que podéis suponer.
LOYOLA.—¿Quién sabe?

(Se sientan los tres. Los padres hacen lo mismo. Adelaida pregunta con la mirada a Ramón quién empieza.)

RAMÓN.—*(Decidiéndose y con la voz llena de emoción.)* Hijos míos... estos momentos no pueden ser más amargos para unos padres...
DIANA.—*(Interrumpiéndole.)* Un momento, Duque, y perdona. En vuestras caras leemos que se va a hablar de algo muy solemne o por lo menos que a vosotros os lo parece. Puede que a vuestros hijos se lo parezca menos. Por eso, antes de seguir, queremos preguntaros: ¿Se trata de intereses?
RAMÓN.—Sí.
DIANA.—*(A sus hermanos.)* ¿Qué os decía yo? Entonces podéis ahorraros este mal rato, porque ya sabemos lo que vais a decir.
RAMÓN.—¿Tú crees...?
DIANA.—Estoy segura.
RAMÓN.—¿Y si te equivocaras?
DIANA.—Que no, Duque, que no. Que estamos al cabo de la calle.
RAMÓN.—Vosotros creeréis que voy a colocaros el sermón de costumbre a propósito del exceso de gastos.
LOYOLA.—Nosotros no creemos eso, porque conocemos la cara que pones para ese sermón, y lo que nos apena es ver la angustia que hay ahora en las vuestras como si fuerais los culpables y nosotros los jueces. Esto no puede ser.
DIANA.—Aquí no hay más que padres e hijos.
NOEMI.—Hijos muy modernos, pero hijos.
(Ramón y Adelaida escuchan este diálogo asombrados, y en el fondo enternecidos.)
DIANA.—Siéntate, padre. Yo hablaré. Sabemos todo: Estamos arruinados. La casa de Hinojares se desmorona. Entre que ya la recibiste de tu padre con bastantes grietas, y entre que, como buen Hinojares, naciste gran señor...
NOEMI.—¡Y no sabes lo bien que te va!
DIANA.—Con lo que nosotros te hemos ayudado...
LOYOLA.—Eso es el Evangelio.
DIANA.—...se ha llegado al fondo del saco. ¿No es eso?
RAMÓN.—Algo así.
DIANA.—Un administrador poco aprensivo ha coronado la obra, ¿me equivoco?
ADELAIDA.—¿Sabéis también lo de don Luis?
DIANA.—Lo sabe ya todo Madrid. Era un fresco. Mamá

estos tiempos, cuando los padres van, los hijos vuelven. › es así, hermanos?
LOYOLA.—*(Con un silbido de aprobación.)* ¡Buiii!
DIANA.—Y ahora no se trata de gemir y llorar sobre las ıas de la casa de Hinojares, sino de portarnos como quie- somos y demostrar a las gentes, si llega el caso, que sa- ıos ser pobres mejor aún que supimos ser ricos.
ADELAIDA.—Desgraciadamente, el caso ha llegado ya.
DIANA.—No se sabe. Como en los cuentos de hadas, pue- ıparecer, cuando menos se le espere, el príncipe encantador...
LOYOLA.—Y no me descuidéis el hada norteamericana.
DIANA.—Lo que nosotros necesitamos saber es el aguan- que tenemos. ¿Podemos sostener este tren de vida algún npo?
RAMÓN.—Quizá algunas semanas.
LOYOLA.—¿Qué ha dejado don Luis?
ADELAIDA.—Según su carta, unas cuarenta mil pesetas.
LOYOLA.—Hay que contar además con el crédito. Una a que se hunde es como un Ford que va cuesta abajo. Aun- se le acabe la gasolina anda unos kilómetros. Pero vamos ır pesimistas. Nos queda un mes de esta vida. ¿No te pa- ɛ, Diana?
DIANA.—Opino como tú.
LOYOLA.—De aquí a un mes habrá que tener solucionado ; asunto de una manera o de otra. Diana y yo nos encar- ıos de ello. Pero hasta entonces aquí no ha pasado nada. da! ¿Comprendido, Duque? *(Le da un abrazo.)* ¿Conforme, ná? *(Besa a su madre.)* Y ahora, hasta dentro de un mes, lvidar todo esto.
ADELAIDA.—*(Con emoción.)* Hijos míos, permitidme que to vuestro padre como yo, os digamos, llenos los ojos de ·imas...
NOEMI.—¡Nunca, mamá! ¡Escenas tiernas, nunca!
LOYOLA.—Por Dios, señora. Si justamente eso es lo que remos evitar. ¿No comprendes que eso está al alcance de lquier mercera al por mayor que se declara en quiebra? ·rdad, papá, que los Hinojares no lloran?
RAMÓN.—*(Con los ojos y la voz velados por el llanto.)* Los ıojares no lloran.
DIANA.—Mamá, agradecemos tus palabras sin haberlas ıchado, pero preferimos que no salgan de tus labios. A nues- ; corazones ya han llegado. Lo que dice Loyola, mamá. ıí no ha pasado nada. *(Mientras ha dicho esta frase, no sin ta emoción, ha llamado al timbre.)*
CRIADO.—¿Llamaba la señora duquesa?
DIANA.—Que sirvan el té en la serre. Lo tomaremos todos tos.

CRIADO.—El señor Marqués de Minares acaba de llegar pregunta si le pueden recibir los señores Duques.

LOYOLA.—Sí, hombre, sí· ¿No se le ha de recibir? Que pa

ADELAIDA.—En estos momentos...

DIANA.—Mamá. ¿En qué hemos quedado? *(Al Criad* Que pase el señor Marqués.

(Una pausa. Silencio. Loyola coge su palo y su bola y pone a jugar. Entra MINARES. *Se ve que es de la familia. B la mano a Adelaida.)*

MINARES.—Tía, buenas tardes. Tío, se te saluda. Prim muy buenas.

DIANA.—¡Hola, Luisito! ¿Qué ha sido de tu vida ta tiempo?

MINARES.—Muy ocupado. Mis comisiones. Trabajo muc ¿sabes?

LOYOLA.—¿Ah, sí? ¿Qué vendes ahora?

MINARES.—De todo. Autos, fincas, casas. *(Mira a las chicas de un modo especial. Sonríe. Va a decir otra cosa.)* todo, chico.

NOEMI.—¿Vienes a colocarnos algo?

MINARES.—¡Quién sabe, quién sabe!

DIANA.—¿Te quedarás a tomar el té con nosotros?

MINARES.—Encantado.

CRIADO.—*(Abriendo la puerta del fondo.)* La señora I quesa está servida.

DIANA.—Vamos allá.

(Van saliendo todos. Diana y Noemi, del brazo de su ma Loyola, detrás, siempre con su bolita. Quedan los últimos Mi res y Ramón. Minares coge el brazo del Duque y le dice en más baja:)

MINARES.—Oye, tío, procura que luego nos dejen solos p que hablemos sin que se enteren las señoras.

RAMÓN.—¿De qué?

MINARES.—De un asunto muy importante.

RAMÓN.—¿Para nosotros?

MINARES.—Para vosotros. *(Van andando hacia la puert* Figúrate que Salazar, ¿sabes quién digo?

RAMÓN.—¿Salazar?...

MINARES.—Sí, hombre; ese millonario tan discutido...

RAMÓN.—¡Ah! Sí.

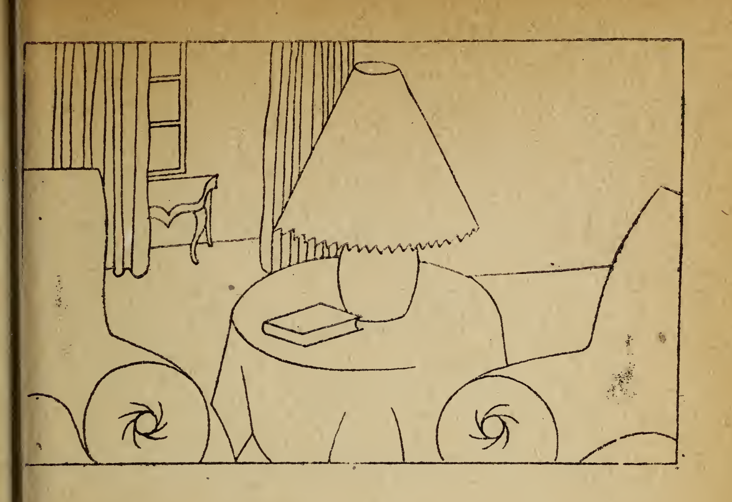
MINARES.—*(Ya casi en la puerta.)* Pues Salazar me ha cargado...

(Han salido y queda la escena sola. El telón cae lentamen

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO





SEGUNDO ACTO

El hall de casa de los Hinojares. A la derecha, al fondo, puerta por donde se viene de la calle. En los dos laterales, puertas al interior del hotel. Los muebles son de estilo inglés reina Ana. Hay tapices, reposteros y, si es posible, una armadura del siglo XV.

Al levantarse el telón, en escena, DIANA, NOEMÍ, LOYOLA y MINARES están sentados, celebrando una especie de consejo.

Es por la tarde, entre siete y ocho.

DIANA.—Entonces, si yo he entendido bien, a ese señor no le basta con sus millones, sino que, además, quiere codearse con el gran mundo.

MINARES.—Intimamente.

DIANA.—Y cree que para ello el camino más corto es el de las justas e indisolubles nupcias.

MINARES.—Y en eso está en lo cierto.

LOYOLA.—¿Conoce los baches que puede tener ese camino?

MINARES.—¿Cómo, cuáles?

LOYOLA.—Figúrate...

MINARES.—Especifica.

LOYOLA.—En primer lugar, se expone a que la gente con quien él quiere alternar se niegue a ello.

MINARES.—Según quién sea su mujer.

LOYOLA.—Es que pudiera ocurrir que dieran de lado a l mujer de Salazar, por muy Hinojares que sea.

MINARES.—Qué equivocado estás, Loyola; con el dinero d Salazar, en Madrid, no se da de lado, como tú dices, a nadi pero menos aún si su mujer es una Hinojares.

DIANA.—Gracias por la parte que pueda tocarme.

NOEMI.—Y a mí.

MINARES.—De sobra lo sabéis; pero, además, una de la condiciones que pone él, quizá la más importante, es ésa: qu su mujer se comprometa a abrirle todas las puertas, todas. ¿Comprendido?

DIANA.—Comprendido. ¿Y a cambio de eso...?

MINARES.—A cambio de eso, lo que haga falta. Por d pronto dota a su mujer con cinco millones. Me parece que e una cifra.

NOEMI.—Evidente. Cinco millones son una cifra. Per según para qué; pueden no bastar.

MINARES.—Espera. No he acabado aún. Esa es la dote d su mujer. Salazar es hombre inteligente y comprende que tod tiene que tener sus compensaciones. Para la familia de la novi destina otra cantidad.

DIANA.—¿De?...

MINARES.—Pongamos tres millones.

NOEMI.—Vamos, sí, la aproximación.

DIANA.—¿Tú eres el encargado del regateo?

MINARES.—Yo soy el embajador de Salazar.

DIANA.—¿Y hasta dónde te ha autorizado a subir?

MINARES.—¿Os parecen pocos tres millones?

DIANA.—Contesta. ¿Hasta dónde?

MINARES.—Hasta cinco.

NOEMI.—Qué bien defiendes sus intereses. ¿Ni uno más?

MINARES.—Me parece que esto ya es ponerse en razón.

DIANA.—*(A sus hermanos.)* ¿Qué os parece?

LOYOLA.—Financieramente, decoroso.

DIANA.—Por supuesto, aparte de la dote, ¿la fortuna d Salazar será la fortuna de su mujer?

MINARES.—Es de esperar. Lo otro es una especie de segur

DIANA.—Tú dirás, Noemi.

NOEMI.—¿Y tú, Diana?

DIANA.—Yo creo que es una proposición aceptable.

NOEMI.—Tampoco a mí me parece mal; pero antes neces tamos algunos detalles. ¿El no nos conoce a ninguna de las do

MINARES.—No.

DIANA.—¿Ni de vista?

MINARES.—No creo.

NOEMI.—¿Entonces tú no tienes idea de cuál de las d pueda gustarle? ....

MINARES.—Ya os he dicho que eso es cosa que tiene que dir él.
DIANA.—¿Y qué clase de hombre es Salazar?
MINARES.—Físicamente, no está mal.
DIANA.—¿Alto?
MINARES.—No llama la atención por su estatura.
NOEMI.—¿Gordo?
MINARES.—No; de una anchura discreta.
DIANA.—¿Edad?
MINARES.—Ha cumplido los cuarenta.
DIANA.—¿Cuándo?
MINARES.—Este mes.
NOEMI.—¿Gafas?
MINARES.—Sí.
NOEMI.—¿Inevitables?
MINARES.—Para leer.
NOEMI.—¿Nada más que para leer?
MINARES.—Nada más.
DIANA.—¿Seguro?
MINARES.—Seguro. ¿Qué, detestáis el miope?
NOEMI.—¿Cordialmente, no, Diana?
DIANA.—Así es. ¿Y en lo moral?
MINARES.—Voluntad de hierro.
DIANA.—¿Un carácter duro?
MINARES.—Un triunfador.
DIANA.—¿Cómo ha hecho la fortuna?
MINARES.—Trabajando.
LOYOLA.—¿Trabajando? ¿Pero es posible?
MINARES.—Cosas que pasan.
LOYOLA.—¿En cuánto tiempo?
MINARES.—En veinte años.
LOYOLA.—Toma, así cualquiera lo hace. ¿Y tiene...?
MINARES.—Cincuenta millones.
LOYOLA.—O sobra dinero o falta tiempo.
DIANA.—O escrúpulos.
MINARES.—Tal vez; pero conste que yo no he ofrecido pre-
aros al Caballero Bayardo. El hombre que va a llegar, de
nomento a otro, es un luchador.
NOEMI.—Que se retira.
MINARES.—Desde luego.
DIANA.—¿Se le puede exhibir?
MINARES.—Sí. Por instinto, es fino y tiene modales, aunque
rigen humilde.
NOEMI.—¿Familia?
MINARES.—Ninguna. Sus padres murieron. Es hijo único. Y
e la ventaja del apellido, que suena bien y despista. Ade-

más, lo va a tapar con el título. Yo creo que se trata d
ganga.

DIANA.—Qué bien haces el artículo. ¿Por supuesto, tú
drás comisión?

MINARES.—No vale la pena de hablar de eso.

NOEMI.—Después de todo, es lo justo. ¿Y a qué hora
venir?

MINARES.—Si no hay contraorden, de un momento a

DIANA.—Yo creo que antes debemos poner al corrie
los Duques.

NOEMI.—Me parece elemental.

LOYOLA.—Un momento. ¿Estáis bien decididas? P
aún estamos a tiempo. Dos palabras, y yo me encargo de
glar la situación.

DIANA.—No, Loyola. Gracias. Te lo agradecemos con
el alma, pero es mejor lo otro. Es más claro. Por lo men
vamos engañados. Ni él ni la de nosotras dos que él elij
compra y nosotras vendemos. En cambio, tú tendrías
mentir un cariño que no sientes. *(Durante estas palabras, l
ha llamado al timbre.)*

CRIADO.—*(Entrando.)* ¿Han llamado los señoritos?

DIANA.—Haz el favor de decir a los señores Duque
vengan, que los estamos esperando.

CRIADO.—Bien, señora Condesa.

(Sale el Criado.)

DIANA.—A los padres hay que darles esto como cosa h
decidida.

NOEMI.—Por supuesto.

DIANA.—Y si se habla del pasado, de la estirpe, in
precedentes.

MINARES.—Descuida, que no nos faltarán.

DIANA.—Perfectamente; pues dejadme hablar a mí
hace falta, me echáis un capote.

NOEMI.—Se estará al quite.

LOYOLA.—Silencio, que me parece que llegan los interes

(Una pausa. Por la derecha llegan RAMÓN *y* ADEL
Minares se adelanta a saludarlos.)

RAMÓN.—¿Tú por aquí? ¿Qué hay de nuevo?

MINARES.—Ahora te dirán. *(Besando la mano a Adela*
Tía, a tus pies.

ADELAIDA.—¿Nos habéis llamado?

DIANA.—Sí. Perdonad, pero es necesario que deliber

ADELAIDA.—¿Sobre?...

DIANA.—Ya lo suponéis. Sentaos. *(Se sientan todos.
camente Diana queda en pie.)* Padres, hoy hace cinco día
supimos la noticia trágica, ¿no es eso?

RAMÓN.—Eso es.

DIANA.—Entonces os pedimos que no os preocuparais y ›s dejarais a Loyola y a mí el cuidado de encontrar una soluón. Ahora os llamamos para deciros que la solución la teneos ya. Mejor dicho, no la tenemos aún, pero está llegando y tará aquí antes de quince minutos. Tiene cuarenta años, más illones que años, unas gafas para leer y se llama Salazar. :omprendéis?

ADELAIDA.—Ni una palabra.

DIANA.—El detalle sigue: Salazar es un millonario reciente; ı hombre que se ha hecho a sí mismo y que ha sentido de onto la necesidad imperiosa de poner coronas sobre su ropa anca, sus automóviles, sus petacas y sus carteras. Luisito, ıestro primo, todo abnegación y todo desinterés, ha venido proponernos...

ADELAIDA.—Basta. Ya sé lo que vais a decir. ¿Ramón, tú cuchas esto? Una Hinojares no se vende como una finca o mo un mueble.

DIANA.—Mamá, no te agites. No se trata de compra ni de nta. Es un intercambio. Nosotras tenemos lo que a él le lta y a él le sobra lo que nosotros necesitamos. Llegamos a ı acuerdo. Es una transacción favorable para ambas partes. ǐo se dice así, Luisito?

MINARES.—Exactamente.

DIANA.—Pero antes de continuar, necesito que sepáis que ›yola...

LOYOLA.—¡No, por Dios, Diana! ¿Para qué?

DIANA.—Loyola, siempre modesto, no quiere que se cuente rasgo de abnegación, pero yo necesito que lo sepáis. Loyola prestaba, para salvar la situación, a casarse con una viuda gentina, un poco pesada, pero archimillonaria, que le persiıe desde el año veintiséis.

LOYOLA.—Desde el veinticuatro. Esa pasión tiene un año enos que la dictadura.

DIANA.—Nosotras no lo hemos consentido.

RAMÓN.—Un momento. ¿Cuántos señores habéis dicho que enen?

DIANA.—Uno. Salazar.

RAMÓN.—Entonces, ¿por qué dices *nosotras?*

DIANA.—Porque aún no sabemos cuál de las dos será la :gida.

ADELAIDA.—¡Esto más! ¿Y vosotras creéis que una madre ıede oír con serenidad estas cosas?

NOEMI.—Mamá, ya comprendemos que la ceremonia que ı a tener lugar aquí esta tarde no se parece nada a una petión de mano de las de tu época. Pero ten presente que han ısado muchos años desde entonces. Que ha habido la guerra ıropea, que se atraviesa el Atlántico a diario, que se ha ido

suprimiendo la ropa interior hasta dejarla reducida a una co
binación...

LOYOLA.—Que, a pesar de ello, cada día es más cara
vida.

DIANA.—Que los matrimonios, por amor, van estando ca
vez más desacreditados.

ADELAIDA.—¿Tú oyes esto, Ramón?

RAMÓN.—Oigo y me pasmo.

DIANA.—Es natural. Los padres de entonces y los hijos
ahora no podemos entendernos. Ni hace falta. Basta con
nos toleremos. Y ahora escuchad: dentro de unos minutos
tará aquí vuestro futuro yerno: Salazar. Nos hemos docum
tado sobre él...

NOEMI.—Detenidamente.

DIANA.—Ya, salvo que es de origen humilde...

NOEMI.—Y poco escrupuloso, hasta ahora, en la manera
ganar el dinero...

LOYOLA.—Y que lleva gafas.

DIANA.—Sólo para leer...; por lo demás es transitable,
menos Luisito lo dice.

MINARES.—Y lo repito.

DIANA.—El problema financiero queda resuelto, para
casa de Hinojares, con esta alianza...

NOEMI.—Ya comprendemos que hubierais preferido, y
zá nosotras, que en vez de Salazar llegara ahora a pedir
de estas cuatro manos...

DIANA.—Dos. Las izquierdas no cuentan.

NOEMI.—Una de estas dos manos, algún señor de san
azul.

DIANA.—Pero como la sangre azul va estando cada
más reñida con el metal amarillo...

NOEMI.—Y como las circunstancias apremiaban y se
presentaba esta ganga...

ADELAIDA.—Por Dios, ¡qué palabra!

NOEMI.—A mí que me registren. Es de Luisito.

MINARES.—La retiro, si molesta a la tía.

NOEMI.—Pongamos esta ocasión; hemos decidido acep
este puntal plebeyo para la casa señorial, que estaba hundi
dose.

DIANA.—Podéis estar tranquilos, porque se os ahorra
todos los trámites molestos. Una vez hechas las presenta
nes, Salazar decidirá cuál de las dos es más de su agrado, y
será la que se entienda directamente con él.

RAMÓN.—Un segundo, hijas mías... Os estoy escucha
y no sé si creer a mis oídos. No sé si creerlos, porque tod
pasado de la casa de Hinojares acude a mi memoria...

NOEMI.—Silencio, Duque. Estas cosas tienen que ser to

s así, en bloque, como os las presentamos, no admiten la topsia...

DIANA.—Y sobre todo, padre, no olvidéis que del pasado tendéis más que nosotros; pero de nuestra vida de ahora y la de mañana sabemos nosotros más, a pesar de nuestra ad. La experiencia ya no sirve para nada.

NOEMI.—La experiencia está en quiebra.

LOYOLA.—El porvenir es del atrevimiento.

ADELAIDA.—¿Pero os habéis vuelto locos?

LOYOLA.—Somos hijos del siglo.

ADELAIDA.—Ramón, impón tu autoridad de padre.

RAMÓN.—¿Pero no ves que no me dejan?

DIANA.—¿Pero no veis que no hace falta?

NOEMI.—*(Abrazando a su padre.)* Un abrazo, Duque.

DIANA.—*(Besando a su madre.)* Un beso, señora.

CRIADO.—*(Entrando, con una bandeja y en ella una tarjeta.)* te señor pregunta si la señora Duquesa puede recibirle.

ADELAIDA.—*(Leyendo.)* Arturo Salazar.

(Un momento de silencio. En todas las caras se lee la emoción. lo unos segundos.)

DIANA.—Que pase, ¿no? *(Ramón y Adelaida se miran como eguntándose por última vez. Diana lo ve y, antes de que puedan blar, dice al Criado:)* Que pase.

(Diana y Noemi se arreglan un poco. Unos momentos de encio. Aparece ARTURO SALAZAR. *Viene bien vestido, de obs-o, con corrección y hasta cierta elegancia. Un no sé qué imper-tible denota su plebeyez. Minares se adelanta.)*

MINARES.—Pase usted, Salazar. Voy a tener el gusto de esentarle a mis tíos, los Duques de Hinojares. *(Besa la mano a Duquesa y estrecha la del Duque.)* A mis primas, la Condesa Valrubio; la Vizcondesa del Pando. *(Les da la mano y va cia Loyola, que está un poco alejado.)* Y a mi primo el Mar-és de Entrerríos.

NOEMI.—*(Bajo, a Diana.)* Querías títulos. ¡Toma títulos!

MINARES.—*(Acabando su presentación.)* Arturo Salazar, stre financiero.

SALAZAR.—Tengo un verdadero placer en conocer a todos edes, y es para mí un honor entrar en esta casa.

MINARES.—*(Al quite.)* Le advierto a usted, Salazar, que s tíos son muy sencillos.

SALAZAR.—Lo celebro. Es señal de inteligencia.

RAMÓN.—Gracias.

(Un frío. Salazar forma un grupo con las dos chicas y Mina-. Los Duques y Loyola quedan cerca de la puerta.)

RAMÓN.—¿Vive usted siempre en Madrid?

SALAZAR.—Hace ya muchos años.

DIANA.—¿No es usted de aquí?

SALAZAR.—No, señorita, soy navarro.
(Otro frío.)
NOEMI.—¿Tiene usted muchos negocios?
SALAZAR.—Tenía. En este momento están todos liquid dos, y puedo decir que vivo de mis rentas.
NOEMI.—¿Es usted hombre de *sport?*
SALAZAR.—Según a lo que llame usted hombre de *spo* Los practico todos.
NOEMI.—¿Bien?
SALAZAR.—Mal. El trabajo es incompatible con ellos. Aho empezaré a perfeccionarme en alguno.
NOEMI.—¿Cuál le gusta a usted más?
SALAZAR.—Ganar dinero.
NOEMI.—¿Y después?
SALAZAR.—La caza.
NOEMI.—Por lo visto, es usted partidario de los *sports* sa grientos.
SALAZAR.—En el fondo todos lo son. Pero tiene usted razó Lo reconozco. Soy un poco un hombre de presa.
NOEMI.—¿No ha sentido usted nunca compasión de competidor arruinado?
SALAZAR.—La misma que de una perdiz herida.
NOEMI.—Pero no dice usted cuánta.
SALAZAR.—Cuando he seguido ganando dinero y he guido cazando...
(Durante esta conversación Ramón, Adelaida y Loyola h salido. Minares y Diana, en el otro lado de la escena, hablan voz baja. En la cara de Diana hay un imperceptible disgusto ver que es Noemi la que parece haber hecho impresión a Salaza
NOEMI.—En efecto, es usted un hombre de presa.
SALAZAR.—¡Cuando yo se lo he dicho!
NOEMI.—Sólo tiene usted una disculpa.
SALAZAR.—¿Cuál?
NOEMI.—Su franqueza.
SALAZAR.—Me alegro mucho de que haya usted encontra ya en mí alguna circunstancia atenuante.
NOEMI.—¿Le importa a usted mucho mi opinión?
SALAZAR.—Cuando se va a entrar en una familia, todas opiniones son dignas de tenerse en cuenta.
NOEMI.—*(Instintivamente.)* ¡Ah!
SALAZAR.—*(Dirigiéndose a Diana y yendo hacia ella.)* amigo el Marqués de Minares le habrá a usted ya puesto corriente del objeto de mi visita, ¿no?
DIANA.—Desde luego.
SALAZAR.—¿Entonces, sería usted tan amable que me de cara unos minutos para que puntualicemos los detalles?
DIANA.—*(Que no esperaba esto.)* Como usted quiera.

SALAZAR.—*(A Noemi.)* ¿Me perdona usted que interrumpa onversación tan interesante que teníamos?

NOEMI.—No faltaba más, señor Salazar. *(A Minares.)* Lui-, ¿vienes? Quiero que me aconsejes. Me proponen cambiar un armario viejo por un Ford de los nuevos, pero temo salir liendo. *(Ya en la puerta, señalando a Salazar.)* Es un ser oso, ¿entiendes? ¡Odioso!

(Salen, y quedan solos Diana y Salazar.)

DIANA.—Ya estamos solos. Hable usted.

SALAZAR.—Ante todo, una pregunta. ¿Es usted inteligente?

DIANA.—Creo que sí. ¿Y usted?

SALAZAR.—Lo tengo demostrado.

DIANA.—Modesto, desde luego, no lo es usted.

SALAZAR.—No hace falta. ¿Conoce usted mis condiciones?

DIANA.—Aproximadamente.

SALAZAR.—¿Y está usted conforme con ellas?

DIANA.—En principio, sí.

SALAZAR.—¿Tiene usted algún reparo que hacer?

DIANA.—Unicamente puntualizar.

SALAZAR.—Usted dirá.

DIANA.—Usted ha venido a esta casa buscando un título ntico. Una nobleza indiscutible; un llavín para entrar en ran mundo, ¿no es eso?

SALAZAR.—Sí.

DIANA.—A cambio de ello, entrega usted...

SALAZAR.—Diez millones. Cinco y cinco.

DIANA.—*(Herida.)* No tiene usted el pudor de las cifras.

SALAZAR.—¿Eso qué es?

DIANA.—No lo puede usted comprender. Pero he de agra-erle que en esta conversación que vamos a tener ahorre d en lo posible los números. ¿Quiere usted complacerme?

SALAZAR.—Mientras sea posible.

DIANA.—Decíamos: a cambio del llavín, entrega usted una e de su fortuna. Yo quiero ser leal con usted. ¿Si alguna rta se negara a abrirse, me lo echaría usted en cara?

SALAZAR.—Esté usted tranquila. Donde no basta el llavín, é la ganzúa del dinero.

DIANA.—Tiene usted la comparación poco feliz.

SALAZAR.—Quizá, pero gráfica.

DIANA.—Otra pregunta: en este matrimonio, de convenien-no pretenderá usted que se interesen, ni poco ni mucho, corazones.

SALAZAR.—En absoluto.

DIANA.—Espero que no tendrá usted la pretensión de in- con dinero en mi vida sentimental.

SALAZAR.—No lo tome usted a ofensa; pero, hoy por hoy, que llama usted vida sentimental, no me interesa.

DIANA.—Hoy por hoy. ¿Y mañana?
SALAZAR.—No lo sé. No soy profeta.
DIANA.—Pero es usted comerciante, y yo necesito que e punto quede muy claro.
SALAZAR.—Todo lo claro que usted desee.
DIANA.—Usted compra un título y una posición, que vendo. Pero hay un cuerpo y un alma que no entran para na en este pacto. Para nada. ¿Conformes?
SALAZAR.—Conformes.
DIANA.—Usted se compromete solamente a no mezcla de ninguna manera en mi vida privada.
SALAZAR.—Salvo en caso necesario.
DIANA.—¿Qué quiere usted decir?
SALAZAR.—Ya me comprende usted. Tolero todo menos ridículo.
DIANA.—*(Digna.)* Sepa usted que las Hinojares son bastante señoras para seguir siéndolo aun después de casa con un Salazar.
SALAZAR.—¿Tenía usted mucha urgencia de hacerme s tir mi plebeyez?
DIANA.—Exactamente la misma que usted de suponer a ofensivo para mí.
SALAZAR.—Bien. Ya estamos en paz. Siga usted.
DIANA.—¿Cree usted que vale la pena?
SALAZAR.—¿Por qué no?
DIANA.—¿Y si yo desistiera de continuar esta conve ción?
SALAZAR.—Ha dicho usted antes que era inteligente y he creído. No me haga usted cambiar de opinión.
DIANA.—*(Con cierto desprecio.)* Después de todo, ti usted razón. ¿Qué más da? Ahora me va usted a permitir le haga algunas preguntas indispensables.
SALAZAR.—¿Sobre?...
DIANA.—Su pasado.
SALAZAR.—Imagino lo que desea usted saber. No tema ted. Eso que dicen de mí no es verdad.
DIANA.—Yo no he oído hablar de usted para nada.
SALAZAR —Pues oirá. Pero no crea usted lo que la digan.
DIANA.—¿Es tan grave?
SALAZAR.—Imagínese usted. Cincuenta millones, que, p las gentes, son cien, representan muchas envidias. Y us perdone que haya olvidado mi promesa.
DIANA.—¿Cuál?
SALAZAR.—La de no citar cifras.
DIANA.—Dichas así no ofenden. Pero puntualice ust ¿De qué se le acusa?
SALAZAR.—¿De qué no? ¡Contrabandista, usurero, falsa

ıasta asesino! Todo eso se ha dicho de mí. ¿Ahora, francamene, tengo yo cara de eso?

DIANA.—En este momento, no.

SALAZAR.—Menos mal. Además, ¿ha oído usted hablar bien lguna vez de un hombre que tiene cincuenta millones?

DIANA.—Son ustedes tan pocos...

SALAZAR.—En mi pasado hay momentos turbios, ¿cómo egarlo? Hay detalles, digamos poco elegantes. Pero tengo dos isculpas: una, que al principio de mi vida supe lo que es tener ambre. Y la otra, que he triunfado. Cualquiera de las dos basaría para absolverme.

DIANA.—Es usted muy indulgente consigo mismo.

SALAZAR.—¿Acaso son más severos con ellos mismos los emás? Puede usted estar tranquila. En mi pasado no hay, a ıbiendas, una sola gota de sangre. ¿No era eso lo que le preocuaba?

DIANA.—Sí.

SALAZAR.—Y ahora, ¿me permite usted que sea yo el que aga alguna pregunta?

DIANA.—Está usted en su derecho.

SALAZAR.—¿Cuál es su título de usted?

DIANA.—Valrubio... Condesa de Valrubio.

SALAZAR.—¿Muy antiguo?

DIANA.—Mucho más que sus millones.

SALAZAR.—*(Con paciencia.)* Por supuesto, con grandeza.

DIANA.—Con grandeza.

SALAZAR.—¿No hay otro mejor en la casa?

DIANA.—Desde luego. El de mi padre y el de mi hermano. ero supongo que no tendrá usted la pretensión...

SALAZAR.—¿Por qué no?

DIANA.—Porque hay cosas que no se pueden conseguir ni i con todo el oro del mundo.

SALAZAR.—¿Está usted segura?

DIANA.—Ya lo irá usted viendo.

SALAZAR.—Entonces, nos conformaremos con Valrubio.

DIANA.—Le advierto a usted, que, como llavín, sobra. Lo ıe hace falta es saber manejarlo.

SALAZAR.—De sobra sabe usted que por dinero no ha de ıedar.

DIANA.—¿Otra vez el dinero? ¿Usted cree que la simpatía ɔ cuenta?

SALAZAR.—¿No le parece que es más práctico tener el ıeque fácil que la sonrisa pródiga?

DIANA.—Allá usted con sus teorías. ¿No tiene usted nada ás que preguntar?

SALAZAR.—Poco más. ¿En su vida pasada, no ha dejado ıella ningún amor?

DIANA.—¿Habla usted en serio?
SALAZAR.—¿Por qué?
DIANA.—Tiene usted muy poca memoria. ¿En qué hemos quedado hace un momento?
SALAZAR.—No recuerdo.
DIANA.—Mi vida sentimental pasada, presente y futura me pertenece. No tiene usted nada que ver con ella.
SALAZAR.—¡Ah! Comprendo. Se ha equivocado usted. Yo preguntaba por su pasado simplemente como información Un poco por costumbre. Como usted ha preguntado por el mío. Pero vuelvo a repetir lo que le he dicho antes. En el fondo me es perfectamente indiferente.
DIANA.—Así tiene que ser. ¿Necesita usted saber algo más?
SALAZAR.—La última pregunta. ¿Va usted a este matrimonio, un poco extraño, de buena gana, o son las circunstancias las que le obligan?
DIANA.—¿En serio, cree usted reunir algún atractivo para que una mujer como yo se case con un hombre como usted de buena gana?
SALAZAR.—No me ha entendido usted. ¿Este paso lo da usted por su iniciativa o por la de su familia?
DIANA.—Exclusivamente por iniciativa mía.
SALAZAR.—Perfectamente. Entonces, si le parece a usted que pasemos a los detalles financieros...
DIANA.—No. De ninguna manera. De eso se encargará nuestro primo Luis.
SALAZAR.—Como usted desee. Pero, por lo menos, hay que fijar fecha para la boda.
DIANA.—Si es necesario...
SALAZAR.—¿Le parece a usted bien de hoy en un mes
DIANA.—¡Que más da!
SALAZAR.—¿De acuerdo?
DIANA.—Sí.
SALAZAR.—¿Desea usted que simulemos las relaciones?
DIANA.—No habrá más remedio.
SALAZAR.—¿Quiere usted que nos veamos aquí o en público?
DIANA.—Mejor aquí.
SALAZAR.—¿Una vez por semana, dos?
DIANA.—Una es suficiente.
SALAZAR.—¿A qué hora?
DIANA.—Venga usted a las siete.
SALAZAR.—*(Levantándose.)* ¿Hace usted el favor de acompañarme a donde estén sus padres para despedirme de ellos
DIANA.—No hace falta. No se moleste usted.
SALAZAR.—¿Entonces, puedo retirarme?

DIANA.—Sí.
SALAZAR.—¿Hasta dentro de ocho días?
DIANA.—Eso es.
SALAZAR.—¿Sería usted tan amable que me concediera :ed su mano?
DIANA.—¿En sentido figurado?
SALAZAR.—No. En realidad.
DIANA.—*(Dándosela.)* Tiene usted derecho.
SALAZAR.—Gracias. *(La besa.)* A los pies de usted. *(Va a ir. Está ya en la puerta.)*
DIANA.—Un segundo. ¿Cómo se llama usted?
SALAZAR.—*(Desde la puerta; extrañado.)* Salazar.
DIANA.—No. De nombre.
SALAZAR.—Arturo. *(Pausa.)* ¿Y usted?
DIANA.—Diana. *(Un silencio. Los dos se miran como si ran a hablar. Salazar hace una reverencia y sale. Diana :da sola unos instantes. Después empiezan a entrar en el :ll» todos los demás. Primero* NOEMI, *seguida de* MINARES, *go* LOYOLA *y por último,* RAMÓN *y* ADELAIDA.)
NOEMI.—¿Pero cómo, se marchó ya?
DIANA.—Se marchó.
MINARES.—¿Os habéis peleado?
DIANA.—¿Por qué?
MINARES.—Como no se ha despedido... *(Entra* LOYOLA.)
DIANA.—Se lo he dicho yo.
LOYOLA.—¿Qué? ¿Qué?
DIANA.—Nada. Calma.
NOEMI.—Pero cuenta, mujer.
DIANA.—No agitarse, todo se andará. ¿Los Duques? *(En : momento entran* RAMÓN *y* ADELAIDA.)
RAMÓN.—Aquí estamos. ¿Qué ha pasado?
DIANA.—Nada, que Salazar y yo acabamos de ponernos relaciones.
NOEMI.—*(A Minares.)* ¿Qué te decía yo?
ADELAIDA.—¿Pero es posible? ¡Hija mía! *(La abraza so-:ando.)*
DIANA.—Mamá, por Dios, parece mentira.
ADELAIDA.—Hija, qué quieres, la tradición. En casa de Hinojares siempre que ha habido un acontecimiento de ıilia se ha llorado. ¿No es cierto, Ramón?
RAMÓN.—Cierto.
DIANA.—Pues esta vez va a ser una excepción. No hay qué llorar. Dentro de un mes, a estas horas, la casa de Hi-ares estará en plena fiesta.
LOYOLA.—¿Dentro de un mes?
DIANA.—Exactamente. De hoy en treinta días los nuevos

Condes de Valrubio saldrán en viaje de novios para el Extra jero. Por hoy no puedo daros más detalles.

ADELAIDA.—¿Pero tú sabes lo que dices? ¿Tú sabes que es una boda?

DIANA.—Mamá, ya comprenderás que a los veintis años no me vas a explicar...

ADELAIDA.—No lo digo por eso... el *trousseau*... los reg los, las alhajas...

DIANA.—Hay tiempo de sobra.

NOEMI.—¿Y os vais a casar aquí?

DIANA.—Aquí.

LOYOLA.—Él, de uniforme, por su puesto.

DIANA.—¿De uniforme de qué?

LOYOLA.—De millonario.

DIANA.—No existe.

LOYOLA.—Pues sería la primera vez que una Hinojar se casa con un señor de chaquet.

NOEMI.—Podría cruzarse de algo.

LOYOLA.—Para eso hacen falta apellidos notables.

NOEMI.—Y tiempo. En un mes no sé si podría.

MINARES.—Pagándolo bien, en una semana.

DIANA.—No hace falta. Me resigno al chaquet.

NOEMI.—Después de todo, es cosa tuya.

MINARES.—Yo, con vuestro permiso, me retiro. Que s enhorabuena, prima.

DIANA.—Gracias. Lo mismo digo.

MINARES.—¿Por?

DIANA.—Figúrate. A ver si tú me entiendes. Oye, y v mañana que tenemos que arreglar algunos detalles.

MINARES.—¿Por la mañana?

DIANA.—Sí, a las doce.

MINARES.—Vendré. Adiós, tío. Y repito.

RAMÓN.—Espera, espera. Nosotros te acompañamos. T nemos que hablar contigo. ¿No es eso, Adelaida?

ADELAIDA.—Desde luego. *(Salen los tres. Quedan Noen Diana y Loyola.)*

NOEMI.—Ahora que estamos en confianza. ¿Qué?

DIANA.—Ya te lo puedes imaginar.

NOEMI.—¿Odioso, verdad?

DIANA.—Odioso.

LOYOLA.—¿Entonces, Diana, por qué...?

DIANA.—Porque tiene que ser.

LOYOLA.—Diana, mujer... no hagas tonterías. ¿Para q este sacrificio?

DIANA.—Descuida, es muy relativo. Ya comprende que he puesto los puntos sobre las ies.

LOYOLA.—¿Entonces, me aseguras que no sufres?

DIANA.—No, Loyola. No sufro.
LOYOLA.—*(Abrazándola.)* ¿Me lo juras?
DIANA.—Jurado.
LOYOLA.—¿Puedo ir al Ritz, que me espera Evelyn?
DIANA.—Puedes.
LOYOLA.—¿Pero contento?
DIANA.—Que sí, hombre, que sí.
LOYOLA.—*(Besando a Diana.)* Mira que si nos hubieran cho hace ocho días... Nada, chica, lo que tú decías. ¡Un ento de hadas! Vaya, hasta mañana, sisters... Si los Duques eguntan por mí, se me disculpa.
DIANA.—Descuida. Hasta mañana.
NOEMI.—Hasta mañana, Loyolín. ¿Se va uno así, sin desdirse de su hermana?
LOYOLA.—*(Besándola.)* Perdona. La alegría. *(Sale Loyo- Diana coge el brazo de Noemi y la lleva hacia la puerta.)*
DIANA.—Escucha, Noemi. ¿Sabes lo más terrible?
NOEMI.—¿Qué es? No me asustes.
DIANA.—¿Me vas a creer?
NOEMI.—¡Habla, mujer!
DIANA.—¿Tú te has fijado bien en Arturo?
NOEMI.—¿Arturo?
DIANA.—Salazar.
NOEMI.—¡Ah! ¿Ya le llamas Arturo?
DIANA.—¿Te has fijado bien en él?
NOEMI.—Claro.
DIANA.—¿Verdad que es antipático?
NOEMI.—Mucho.
DIANA.—¿Verdad que no tiene nada para gustar?
NOEMI.—Nada. *(Ya están en la puerta.)*
DIANA.—*(Parándose.)* Pues eso es lo que a mí me preocupa.
NOEMI.—¿Por qué?
DIANA.—¡Porque si vieras, hermana, cómo me está gusndo!... *(Salen y cae el telón.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO



TERCER ACTO



TERCER ACTO

hall-salón en una casa de campo. Estilo inglés. Una puerta al fondo, r otra puerta grande a la derecha. Puerta pequeña a la izquierda. Es por la noche. Entre ocho y nueve. En escena, RAMÓN y SALAZAR. Los dos de smoking.

RAMÓN.—Supongo que estarás satisfecho...

SALAZAR.—Satisfechísimo.

RAMÓN.—Has reunido en la cacería de hoy las escopetas s elegantes y mejores de España.

SALAZAR.—¡Y si no, que lo digan las perdices!

RAMÓN.—¿Cuántas se han matado?

SALAZAR.—*(Sacando un tarjetón del bolsillo.)* El *tableau* e que 1.600, pero el guarda mayor me asegura que sólo trecen 1.300... ¡Misterios!

RAMÓN.—¡Cómo se conoce que eres novato en cacerías de tín! ¡Hay que adornarse un poco, es lo correcto!

SALAZAR.—¿Ah, sí?

RAMÓN.—¡Claro, hombre! Un invitado que mata cinco dices en un ojeo, dice que ha cobrado treinta. Y se le cree npre... y se le apuntan. El encantado, tú no pierdes nada, que en eso aumenta la fama de tu coto... y las veinticinco

perdices que no mató... ésas... en la gloria... ¿No estás co
forme?

SALAZAR.—Planteado así el asunto... desde luego...

RAMÓN.—¿Te has fijado cómo tira Joaquín Peña Garcí

SALAZAR.—Me he fijado...

RAMÓN.—Hoy en día, es la primera escopeta de España

SALAZAR.—Eso dicen...

RAMÓN.—Además es un hombre encantador...

SALAZAR.—¿Tanto?

RAMÓN.—¿A ti no te lo parece?

SALAZAR.—Apenas lo he tratado...

RAMÓN.—Pues tu mujer siempre fué muy amiga suya

SALAZAR.—*(Tono seco.)* Ya lo sé... Pero eso no es moti suficiente para que sea amigo mío...

RAMÓN.—Arturo... ¿Me vas a permitir que te dé un co sejo?

SALAZAR.—Según cual sea...

RAMÓN.—¿Te fías de mi experiencia?

SALAZAR.—Hable usted.

RAMÓN.—En nuestro mundo, hay que disimular un po más los sentimientos. Hay que ser menos primitivo... Créem Si aspiras a ser elegante de veras...

SALAZAR.—¿Y quién le ha dicho a usted que yo aspiro eso?

RAMÓN.—Perdona. Lo tenía entendido así...

SALAZAR.—Y además... ¿A qué sentimientos se refie usted?

RAMÓN.—Si crees que no ha notado nadie que estabas to el día de mal humor, te equivocas...

SALAZAR.—¿Yo, de mal humor?

RAMÓN.—Tú.

SALAZAR.—¿Y por qué?

RAMÓN.—Eso, tú sabrás... Pero te repito... Hazme casc Indiferencia... Frialdad... Cuando se traen las escopetas los trajes de Londres, hay que tener un carácter que ha juego... Esas vehemencias tipo orillas del Manzanares no llevan ya...

SALAZAR.—¿Está usted seguro, papá, de no bordear la i pertinencia en este momento?

RAMÓN.—¡Ah! perdona, perdona... Todo esto lo digo p tu bien, pero si lo tomas así... Ni una palabra más... *(Entr* NOEMI *y* LOYOLA.)

LOYOLA.—Chico, que sea enhorabuena... No había te do ocasión de felicitarte... Eso es una cacería...

SALAZAR.—¿Lo has pasado bien?

LOYOLA.—¡Figúrate!...

NOEMI.—Y todos están encantados. Joaquín Peña G

estaba diciendo hace un momento a Diana... que no re-
·daba haber pasado un día mejor, hace mucho tiempo...
Joaquín entiende de esto...

LOYOLA.—¿De qué no entenderá Joaquín?...

NOEMI.—Verdad que es simpático... *(A Salazar.)*

SALAZAR.—¡Encantador!

NOEMI.—Eso es un hombre elegante...

SALAZAR.—Termina la frase...

NOEMI.—¿Por qué?

SALAZAR.—Sí, mujer... ¿Qué ibas a decir?

NOEMI.—Nada. Lo que he dicho... Eso es un hombre ele-
ıte...

SALAZAR.—No encuentras que quedaría más completa,
iendo: Y no el cursi de mi cuñado...

NOEMI.—No encuentro. Además, si hubiera querido de-
eso, lo hubiera dicho. De sobra sabes que yo no me privo
nada...

SALAZAR.—*(Con intención.)* De sobra lo sé...

NOEMI.—¿Qué quieres decir tú ahora?...

LOYOLA.—Basta. Se acabó esta conversación... A otra
a...

NOEMI.—Por mí, conforme... Pero te encuentro muy agrio
azar...

SALAZAR.—Te he dicho muchas veces, Noemi, que me mo-
:a que me llames de ese modo. Llámame Arturo... que es
nombre...

NOEMI.—No tengo bastante confianza contigo para eso...
·efieres que te llame Valrubio?...

SALAZAR.—¡Tampoco!

NOEMI.—¡Hijo, eres de un complicado!... A estos finan-
:os no hay quien los comprenda...

RAMÓN.—¡Noemi!

NOEMI.—¿Qué pasa, Papá?

SALAZAR.—Déjela usted. ¡Después de todo!... *(Entra la
juesa. Traje de noche.)*

ADELAIDA.—¿Está aquí Diana?

NOEMI.—No. Aquí no está.

ADELAIDA.—¿Sabéis por dónde anda?

NOEMI.—Hace poco estaba con Joaquín viendo los gra-
los de la galería... ¿Ocurre algo?

ADELAIDA.—Ocurre, que vienen a avisar que uno de los
ıdores, que por lo visto se ha puesto enfermo esta tarde,
:stá muriendo... o se ha muerto ya...

NOEMI.—¿Es posible?

ADELAIDA.—Eso me dicen. Y yo quiero consultar con
na qué se hace...

RAMÓN.—Me parece que lo más urgente es avisar al n dico y al cura.

ADELAIDA.—Si no se te ocurre nada más... Eso ya e: hecho...

NOEMI.—¿Por qué no me han avisado a mí?... Para al soy enfermera...

ADELAIDA.—El médico no ha querido... Lo primero q ha dicho es eso... «¡Nada de aficionadas!... Son funestas»

NOEMI.—Pues quiera o no... yo voy a verle... ¿Me aco pañáis?... *(Ramón es el único que hace ademán de ir.)* ¿Sa zar, no viene?

SALAZAR.—No. Salazar no va...

NOEMI.—De modo que no te importa que un hombre esté muriendo...

SALAZAR.—Si le pudiera servir de algo, iría. Pero co mi presencia allí es inútil, por eso no voy. Hay que ahorra la mayor cantidad posible de malos ratos...

NOEMI.—¡Eres un filántropo!... ¡No cabe duda! ¿Vam padre?

ADELAIDA.—Vamos. Pero a tu cuñado no le falta raz Esta gente de campo es tan poco oportuna para morirs Mira que elegir precisamente un día de cacería... *(Salen I món, Adelaida y Noemi.)*

LOYOLA.—Me alegro que nos hayan dejado solos. Te que hablar contigo.

SALAZAR.—¡Tú dirás!

LOYOLA.—Te he estado observando todo el día...

SALAZAR.—¿Y qué?...

LOYOLA.—Que no adelantas nada... No te acuerdas mis consejos... Estoy muy descontento de mi discípulo...

SALAZAR.—¿No puedes darme detalles?

LOYOLA.—¡Ya lo creo! En primer lugar... no resultas bastante tonto... para ser elegante...

SALAZAR.—Eso no es culpa mía...

LOYOLA.—¿Pues de quién, entonces? Entiéndeme... se trata de *serlo,* sino de aparentarlo... de ponerse a ton Con los lobos hay que aullar, dice un refrán alemán... Y c los tontos... Y supongo que te habrás dado cuenta de que 99 por 100 de nuestra crema... lo es...

SALAZAR.—Me he dado cuenta. Y te encuentro indulg te en la cifra. Lo que no acabo de comprender es por qué toleran a las personas inteligentes...

LOYOLA.—Perdona... ¿No han de tolerarles?... ¡Ya lo cr Es más... Hasta las agasajan... Pero tienen que ser pobre para que no sufra su amor propio... para poder deslumb al talento al recibirle en sus palacios... Pero si el talento v ne con ropa limpia y bien vestido y sabe comer caviar y cc

ende un borgoña del 98 y no se resbala en un *parquet* brinte... entonces no interesa... ¿Comprendido?

SALAZAR.—Comprendido. Pero, según esa teoría, no es nada vidiable la situación del que reúne talento y dinero...

LOYOLA.—¿Por?

SALAZAR.—Porque si los poderosos no perdonan que sea eligente... tampoco los intelectuales toleran que sea poroso...

LOYOLA.—Así es... Por eso no hay que presumir ni de tato con los ricos, ni de dinero con los que cultivan el cere... Ya vamos a otro detalle... Todavía te quedan resabios cuando eras hombre de acción.

SALAZAR.—¿Cómo, cuáles?

LOYOLA.—Te agitas demasiado... Pones demasiado inte- en lo que haces... Y en lo que dices... Eso no puede ser. y que saber sostener una conversación con frialdad... Tú acaloras en seguida... Hoy mismo... en el almuerzo...

SALAZAR.—Perdona... ¿Me vas a hablar de la discusina Joaquín?

LOYOLA.—Exactamente.

SALAZAR.—Mejor no... Lo prefiero...

LOYOLA.—¿Pero reconoces que tengo razón?

SALAZAR.—Quizá... ¿Pero en este caso?

LOYOLA.—¿Qué?

SALAZAR.—Nada. Es mejor no hablar de ello...

LOYOLA.—De mal en peor... Veo por donde vas... Y creo estás equivocado... Pero aunque no lo estuvieras... *(Ca- porque entran* JOAQUÍN *y* DIANA. *Joaquín es un señor de s cuarenta años, elegante, aspecto simpático. Diana viene traje de noche.)*

DIANA.—*(A Salazar.)* ¿Qué haces tú aquí?

SALAZAR.—Ya lo ves. Charlar con Loyola...

DIANA.—¿No sabes que hay un hombre muy grave?

SALAZAR.—Lo sé...

DIANA.—¿Y no has ido a verle?

SALAZAR.—¿Has ido tú?

DIANA.—Yo no tengo por qué ir...

SALAZAR.—Ni yo tampoco.

DIANA.—Tú eres el dueño de la finca.

SALAZAR.—Y tú la dueña...

DIANA.—Pero estas cosas... son más para hombres...

SALAZAR.—Te diré... La muerte... no distingue sexos.

DIANA.—En plata. ¿Que no quieres ir?

SALAZAR.—Exactamente.

DIANA.—Bien. Entonces iré yo. ¿Me acompañas, Joaquín?

JOAQUÍN.—Lo que tú mandes. *(Le da el brazo y van a r.)*

SALAZAR.—¡Diana!
DIANA.—¿Qué quieres?
SALAZAR.—Que no vayas...
DIANA.—¿Cómo has dicho?
SALAZAR.—Ya lo has oído...
DIANA.—¿Es un capricho?
SALAZAR.—Es que tengo que hablar contigo...
DIANA.—¿Con esta urgencia?
SALAZAR.—Sí...
DIANA.—Arturo, por Dios... Tenemos toda la noche pa hablar...
SALAZAR.—Quizá, pero necesito empezar ahora...
DIANA.—¿Tan largo es lo que tienes que decirme?
SALAZAR.—Eso, ya lo verás...
DIANA.—Bueno, pues habla... Te escucho...
SALAZAR.—No es el momento...
DIANA.—¿En qué quedamos?
LOYOLA.—*(A Joaquín.)* ¿Oye, Joaquín, es una ilusi óptica o tú y yo sobramos aquí?...
DIANA.—No, por Dios... ¿Crees que Arturo va a tener q decirme algo en secreto?...
SALAZAR.—¿Por qué no?...
DIANA.—¿De verás? ¿Es posible?...
LOYOLA.—No era ilusian óptica... Vámonos... Y no learse...
DIANA.—Descuida... Estamos lo bastante bien educac para que eso no suceda... *(Salen Loyola y Joaquín.)* ¡Ea! no nos molesta nadie... Habla. ¿Qué quieres decirme?... ¡Ah ¡Ya lo supongo... pero no era tan urgente! Necesitas dar las gracias por lo de hoy...
SALAZAR.—¿Lo de hoy? ¿Qué es ello?
DIANA.—¿Te parece poco? Hoy has cazado en esta fi tuya de Valdeavellano con nueve escopetas, de las cual cinco figuran en el Gotha; me parece que está bien. Y eso lo debes a mí... Irás viendo que cumplo lo ofrecido...
SALAZAR.—¿Estás segura?
DIANA.—¿Tú, no?
SALAZAR.—No...
DIANA.—¿Tienes alguna queja?
SALAZAR.—Desde luego.
DIANA.—Dila.
SALAZAR.—¡De sobra sabes cuál es!
DIANA.—Te aseguro que no.
SALAZAR.—No te remuerde la conciencia de nada.
DIANA.—¡En absoluto!
SALAZAR.—¿Recuerdas lo que me contestaste cuando

ije, el día que nos conocimos, que yo no toleraría jamás el díículo?
DIANA.—Perfectamente... Que las Hinojares éramos lo astante señoras...
SALAZAR.—No hace falta que termines la frase...
DIANA.—¿Por qué me la recuerdas?
SALAZAR.—Porque hoy, delante de esas cinco escopetas ue figuran en el Gotha, y de otras tres, Arturo Salazar, ha uedado en ridículo...
DIANA.—¿Por?
SALAZAR.—Porque su mujer, Diana Valrubio... una Hinojares, a la vista de esos señores, y de cinco guardas, y de chenta ojeadores... ha pasado el día entero flirteando... con n caballero que no figura en el Gotha, pero que, por lo visto, el terror de todas las perdices y de algunos maridos...
DIANA.—Un momento... ¿Qué entiendes tú por flirtear?..
SALAZAR.—Lo que tú y lo que todo el mundo... Y empleo a palabra porque dice bien lo que en castellano sonaría al...
DIANA.—Entonces puedes ahorrártela porque yo no he echo nada que esté mal...
SALAZAR.—¿Negarás que no te has separado de Joaquín n todo el día?
DIANA.—No lo niego... No me he separado de él... ni de s demás...
SALAZAR.—¿A qué puesto has ido en todos los ojeos?
DIANA.—Al de Joaquín.
SALAZAR.—¿Por qué?
DIANA.—Porque me encanta verle tirar...
SALAZAR.—Y en la mesa, ¿por qué se ha puesto a tu lado?...
DIANA.—Porque ha querido...
SALAZAR.—No habrá sido por protocolo... Porque antes ue él estaban los del Gotha...
DIANA.—No seas cursi... En una mesa al aire libre no hay uestos. Lo elegante es sentarse cada cual donde le parece... Qué sabes tú de eso!
SALAZAR.—También es muy elegante darte palmadas en espalda, y pasarte el brazo alrededor del hombro, y besare la mano con cualquier pretexto...
DIANA.—¿Quién ha hecho eso?
SALAZAR.—Joaquín.
DIANA.—¿Quieres creer que no me he dado cuenta?
SALAZAR.—Pues yo sí... y los demás también...
DIANA.—¡Bah!... Esas cosas no tienen importancia en uestro mundo... Un marido elegante no debe fijarse en eso...
SALAZAR.—Según qué marido sea...
DIANA.—Sobre todo, un marido como tú, no...

SALAZAR.—¿Por qué?

DIANA.—¿No lo sabes? ¿Tengo que repetírtelo? ¿Hab que recordarte nuestro trato?

SALAZAR.—No hace falta. Pero en él entraba la condició de que nunca quedaría yo en ridículo...

DIANA.—Esa condición está cumplida.

SALAZAR.—Lo que hace falta es que se siga cumpliendo. Y para ello...

DIANA.—¿Para ello... qué?

SALAZAR.—Para ello, te prohibo que continúes tu ami tad con Joaquín...

DIANA.—¿Y quién eres tú para prohibirme eso?

SALAZAR.—Tu marido.

DIANA.—¡No basta!

SALAZAR.—¿Estás segura?

DIANA.—Sí.

SALAZAR.—¿Te niegas a obedecerme?

DIANA.—¿Cuándo me he comprometido a ello?

SALAZAR.—Es igual. ¿Te niegas?

DIANA.—Me niego.

SALAZAR.—Entonces me obligarás a que sea yo el qu eche de aquí a Joaquín...

DIANA.—¿Qué dices?

SALAZAR.—Me parece que está claro. Puesto que tú n quieres hacerlo, lo haré yo.

DIANA.—Escucha, Arturo... No ya echarle, como tú d ces, que eso no habría yo de tolerarlo de ningún modo... L menor grosería, el menor desaire que hagas a Joaquín o cualquiera de mis amigos te costará el separarte de mí par siempre...

SALAZAR.—¿Tanto como separarte? Tú, por lo visto, tie nes una idea muy vaga de las leyes españolas...

DIANA.—Y tú una noción más vaga aún de lo que pued una mujer... ¡Y si no, prueba!...

SALAZAR.—Puesto que tú lo quieres... *(Llama a un timbre.*

DIANA.—¿Qué vas a hacer?

SALAZAR.—Ahora lo verás... *(Una pausa. Aparece u criado.)*

CRIADO.—¿Llamaba el señor Conde?

SALAZAR.—Sí. Diga usted al señor Marqués de Peña Gar cía que haga el favor de venir...

DIANA.—Un momento... *(A su marido.)* ¿Lo has pensad bien?

SALAZAR.—Sí...

DIANA.—Entonces, adelante... *(Al criado.)* Haga uste lo que ha dicho el señor Conde... *(Sale el criado.)* Ahora va mos a ver cómo te las arreglas para llenarte tú mismo de ri

ículo... *(Diana se sienta en una butaca, esperando. Salazar pierde parte de su aplomo al ver la serenidad de Diana. Entra* JOAQUÍN.*)*

JOAQUÍN.—¿Me llamabais?

DIANA.—Yo, no. Arturo...

JOAQUÍN.—¿Qué quería usted?

SALAZAR.—Tengo que hablarle...

JOAQUÍN.—Pues usted dirá... ¿Es acaso sobre la discusión de esta mañana?

SALAZAR.—No. Es algo más serio...

JOAQUÍN.—¿Más serio?...

SALAZAR.—Sí... Necesito que sepa usted, Joaquín...

DIANA.—*(A Joaquín.)* Un segundo. ¿Quieres hacerme un favor? Sal de aquí un momento... Yo te llamaré...

SALAZAR.—Antes tiene que escucharme...

JOAQUÍN.—¿Me quieres explicar qué significa...?

DIANA.—Luego... Ahora, sal... ¿quieres?... y perdona...

JOAQUÍN.—Como mandes... *(Sale Joaquín.)*

DIANA.—Agradéceme que te haya evitado una escena grotesca... y quizá algo más...

SALAZAR.—¿Crees tú que tengo yo miedo a ese algo más?

DIANA.—No lo sé. ¡Allá tú!... Pero estate tranquilo. Joaquín Peña García... se irá de Madrid esta misma noche... Y yo me separaré de ti mañana...

SALAZAR.—¿Para siempre?

DIANA.—Para siempre...

SALAZAR.—Está bien... Si esa es tu voluntad...

DIANA.—No lo era. Pero teníamos hecho un convenio y has sido el primero que has faltado a él...

SALAZAR.—¿Y tú no sabes por qué?

DIANA.—Me lo imagino... Porque te ha dado rabia ver que no bastaban tus millones...

SALAZAR.—No, Diana... No es por eso... Mírame... ¿Me has oído alguna vez hablarte en este tono?...

DIANA.—Nunca...

SALAZAR.—Pues por primera vez, desde que nos conocemos, te va a hablar el hombre... Perdóname... Tienes tú toda razón... Yo no tengo derecho a nada... Si acaso lo tengo a que no te burles de mí porque me haya enamorado de ti... con toda el alma...

DIANA.—¿Tú?

SALAZAR.—¡Yo! Está visto que no he nacido para ser elegante... ¡Me he ido a enamorar de mi mujer!... que es el colmo de la cursilería... ¿Te molesta?

DIANA.—No sé qué decirte. Es una noticia tan inesperada...

SALAZAR.—¿Realmente?

DIANA.—Te lo aseguro... Tienes el corazón tan enterr do debajo de tu dinero... que es casi imposible oírle latir

SALAZAR.—Acercándote mucho...

DIANA.—No me atrevo...

SALAZAR.—¿Te doy miedo?

DIANA.—Un poco...

SALAZAR.—¿Y te durará mucho?

DIANA.—¡Quién sabe! A lo mejor, un día me despierto v liente...

SALAZAR.—¿Entonces, no te vas?...

DIANA.—¿Si no echas tú a Joaquín?...

SALAZAR.—¿Me perdonas mis celos?...

DIANA.—Hago más. Casi, casi, te los agradezco...

SALAZAR.—¿De veras?... *(Va a besarla.)*

DIANA.—Por Dios, Valrubio... que pueden vernos... y e sí que sería cursi... Un marido besando a su mujer... en casa...

SALAZAR.—¿Entonces estamos condenados a la pena ser elegantes?...

DIANA.—Para todo hay indultos... Pero hay que espe una oportunidad...

SALAZAR.—¡Paciencia!... *(Entran* ADELAIDA *y* NOEMI.)

DIANA.—¿Qué tal el enfermo?

ADELAIDA.—Nos ha estafado... Total, un poco de cong tión... Nada... Ya está de pie...

SALAZAR.—Más vale así...

NOEMI.—Pero el susto ha sido tremendo...

SALAZAR.—Siento que hayas pasado un mal rato...

NOEMI.—¿Qué ha sucedido aquí?... ¡Tenéis unas caras Y a ti, Salazar, te encuentro más humano...

SALAZAR.—Ahí tienes...

NOEMI.—¿Qué ha sido eso, Diana?...

DIANA.—Cosas que pasan...

NOEMI.—¡Ay, hijos, estáis de un enigmático!... que ya se lleva...

CRIADO.—*(Anunciando.)* La señora Condesa está servid

ADELAIDA.—Vamos allá... Tengo un apetito... A mí es emociones... *(Van a salir Adelaida, Noemi y Diana.)*

SALAZAR.—Diana...

DIANA.—¿Qué quieres?

SALAZAR.—Un segundo. ¿Quieres? *(Diana se acerca a Adelaida y Nomi salen.)* ¿Me haces el favor de enviarm Joaquín para que le dé una disculpa... por lo del almuerz y por la escena que he estado a punto de hacerle?...

DIANA.—Te lo enviaré. *(Sale Diana. A los pocos segun aparece* JOAQUÍN *y* LOYOLA.)

SALAZAR.—Joaquín... tengo que pedirle a usted mil p

ones porque en la discusión que hemos tenido a mediodía... e estado un poco violento...

JOAQUÍN.—¿Quiere usted callar?... ¿Quién piensa ya en so...?

SALAZAR.—Hoy ha sido un día fatal... Un día de esos en ue los nervios... Y ya sabe usted... lo que pasa... Antes... uando le he llamado...

JOAQUÍN.—Arturo, si quiere usted que seamos amigos, le gradeceré que no vuelva a hablarme de ello. ¿Me lo promete?...

SALAZAR.—Muchas gracias... Joaquín... *(Se abrazan.)* Y amos a comer... que nos están esperando...

(Durante esta escena, Loyola les ha contemplado en silen-io. Van a salir. Sale Joaquín delante. Loyola retiene por el razo a Salazar.)

LOYOLA.—Cuñado... Mi enhorabuena... Así... Eso ya está nejor...

SALAZAR.—¿Me encuentras más elegante?... *(Entra* DIA-A, *que escucha esta frase.)*

LOYOLA.—Desde luego... Mucho más... Esta reconcilia-ión te ha salido muy bien... muy natural...

SALAZAR.—¿No crees tú que puede influir en ello... el que esde hace un rato... me siento feliz... completamente feliz?...

LOYOLA.—*(Mirándole a la cara.)* ¿De veras?

SALAZAR.—De veras.

LOYOLA.—¡Ah! Pues entonces, desde luego... Lo único ue no puede ser cursi en este mundo... es eso... la felicidad... *Sale Loyola. Diana se acerca a Salazar.)*

SALAZAR.—¿Te parece bien lo que he hecho con Joaquín?...

DIANA.—Me parece muy bien.

SALAZAR.—De veras?...

DIANA.—Tan de veras que te voy a dar una buena no-icia.

SALAZAR.—¿Cuál?

DIANA.—Se acerca el indulto, Salazar. *(Salen y cae el*

TELÓN



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

IRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

UMEROS PUBLICADOS:

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Barr y Verneuil, aducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del aestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro osillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín lvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOFA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión astellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del aestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco García Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina (Número homenaje a María Guerrero).
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaecha, música de Soutullo y Vert.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque música de Moreno Torroba.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente
38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, basada en la obra de Julio Dantás "La Severa", música del maestro Rafael Millán.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por don Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de Cayo Vela y Bru.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.

50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María ...la.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.

51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.

52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.

53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción de ...rralba Beci.

54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.

55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, de ...ancisco de Víu.

56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo y ...anuel Martí Alonso.

57. UN ALTO EN EL CAMINO, de Julián Sánchez-Prieto, El pastor ...eta.

58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís. Traducido ...l catalán por Arturo Mori.

59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.

60. LA ATROPELLAPLATOS, de Antonio Paso y Antonio Es...mera.

61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.

62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.

63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.

64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en colabo...ción con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.

65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colabora...ón con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.

66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.

67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.

68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.

69. LA TATARABUELA, de José Juan Cadenas y Emilio González ...l Castillo.

70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena, traducción de Víctor ...ibirondo y Manuel Morcillo.

71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.

